

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

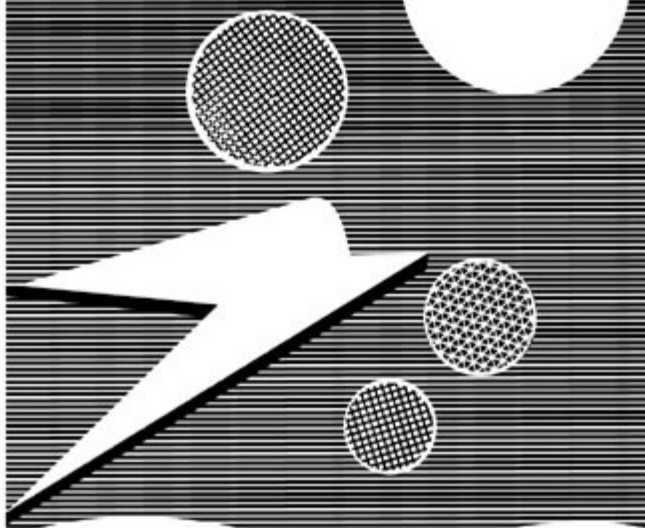
VIAJE AL INFINITO

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

- 105 – Insólita dimensión, *Curtis Garland*.
- 106 – Muerte en Undar, *A. Thorkent*.
- 107 – Puerta a otro mundo, *Glenn Parrish*.
- 108 – Miedo en la galaxia, *Curtis Garland*.
- 109 – Mercaderes del espacio, *A. Thorkent*.

MARCUS SIDEREO

VIAJE AL INFINITO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 110

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS –
MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 31.542 - 1972

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: septiembre, 1972

© **Marcus Sidereo - 1972**

texto

© **Antonio Bernal - 1972**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas que
aparecen en esta novela, así como las situaciones de la
misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del
autor, por lo que cualquier semejanza con personajes,
entidades o hechos pasados o actuales, será simple
coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.
A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1972

CAPITULO PRIMERO

—Comandante Lanel. Comandante Lanel. Preséntese al despacho central del sector número uno.

La voz metálica e impersonal repitió la orden a través de los altavoces de la base experimental avanzada.

Un hombre joven, alto, de pelo rubio que vestía pantalón y blusa sumamente ajustados, contemplaba desde la terraza de observación las evoluciones de uno de los nuevos bólidos experimentales.

Checow se le aproximó.

—¿Para qué demonios crees que puede servir ese chisme? —murmuró mirando hacia el aire.

Lanel permaneció inmóvil, silencioso, atento al bolido que continuaba evolucionando.

Checow, de estatura mediana y algo más grueso, iba a decir algo, pero paró atención al altavoz que repetía la llamada: —Comandante Lanel. Lllaman al comandante Lanel en el despacho central del sector número uno.

—Esto va por ti, amigo. Yo que tú no haría esperar a los gerifaltes.

—No vuelvas a llamarme amigo. ¡Yo no soy tu amigo!

Y sin esperar respuesta dio la vuelta y anduvo hacia el interior del metalizado edificio.

En la mitad del siglo XXI, si cualquier persona de la centuria anterior hubiese asomado la cabeza, de seguro no se habría asombrado lo más mínimo de ver la estructura de la base, sus edificaciones y dependencias y todos los sistemas de control. El hipotético observador del siglo pasado hubiera pensado que todo aquello ya era de prever.

La época del automatismo absoluto había llegado. Los cerebros electrónicos regulaban las funciones del personal humano. Los hombres se habían convertido en auxiliares de las máquinas que ellos mismos habían creado.

El comandante Lanel tuvo que esperar las instrucciones del altavoz para subir al corredor automático que tenía que conducirlo al pie del ascensor.

La voz metálica del «cerebro» le informó:

—Corredor averiado. Diríjase al pasillo número 4.

Lanel hizo un gesto de fastidio. Miró el altavoz y masculló:

—¡Estúpido!

Avanzó «a pie» cruzando la sala para llegar hasta el pasillo que el «cerebro» le había indicado. Un piso deslizante le llevó a 50 kilómetros por hora, no sin que antes el «infalible cerebro» indicara:

—Sujétense a las barandillas. Pongan los pies en los lugares pertinentes. No se suelten antes de llegar. Indiquen dónde van.

Todo resultaba monótono, metálico.

Lanel estaba solo y sólo él informó de mala gana:

—Ascensor, sector primero.

Aguardó a que el «cerebro» dispusiera la marcha.

A la velocidad indicada en una de las pantallas de la «parada», el pasadizo se puso en marcha. En un minuto exactamente, Lanel llegó al mismo pie del ascensor principal.

También el elevador funcionaba por un ojo electrónico. Bastaba que alguien se identificara para que el mecanismo invisible diera su conformidad mediante un guiño. Luego se cerraban las puertas y el elevador subía hasta el destino que previamente se le había indicado.

—¿Qué pasará el día que uno de estos malditos chismes se equivoquen? ¡Porque pueden equivocarse! ¡Malditos sabihondos!

—Su pregunta es improcedente —repuso la voz metálica—. No existe posibilidad de error.

Lanel apretó el puño y lo descargó contra el ojo mágico, que emitió un ruido extraño para «añadir»:

—Trate bien a nuestros auxiliares. Es una orden.

El comandante reprimió una exclamación, pero con su gesto demostró sobradamente lo que opinaba de aquellas voces metálicas, tan hábilmente programadas.

—Un día esas malditas máquinas van a ejecutarnos... como si fuésemos asesinos —masculló Lanel cuando salía del ascensor para dirigirse hacia la gran puerta del despacho central.

La puerta se abrió sola, sin necesidad de que el comandante pulsara ningún botón o transmitiera orden alguna.

Tras la antesala, guardada por dos «cerebros» a modo de mudos centinelas que transmitían datos constantemente por el sistema de ojos mágicos y pantallas memorizadoras, se hallaba el gran despacho, sin más puertas. Y al fondo del mismo se hallaba la gran mesa y en ella se hallaban sentados los gerifaltes.

Tres. Eran tres. Militares de profesión con distintos cargos. Allí estaba el jefe del mando supremo. El profesor del servicio experimental y el jefe ejecutivo de la base.

Fue este último, de baja estatura, sin pelo en la cabeza y ojos saltones, quien se dirigió al comandante en tono de reproche: —Debería dominar esos nervios, comandante. No está bien en un hombre de su temple...

—¿Se han quejado los cerebros, señor? —inquirió Lanel en tono burlón.

—Usted no parece de nuestra época, Lanel. Da la impresión de que repudia todo avance...

—No creo que haya sido llamado aquí para exponer mis puntos de vista con respecto a ciertas cosas... —repuso Lanel.

—Tengo que advertirle, comandante... —empezó el jefe ejecutivo.

—¡Por favor, señores! —conminó enérgico y contemporizador a la vez el jefe del mando supremo—. Dejemos las discusiones triviales... En cuanto a usted, Lanel, me permito recordarle que la misión que se le propuso era y sigue siendo totalmente voluntaria. Si su estado actual se debe a dudas con respecto a la misión en sí, le repito ahora como ya le advirtieron en su día, que puede rechazar.

—No es ésta mi intención, señor. Acepté la misión y no pienso volverme atrás.

—Esto me satisface, Lanel. Sé lo que vale usted. No obstante, la índole de ese viaje que se le ha propuesto es... digamos muy especial.

—Sí, señor. Lo sé.

—Si acepta ahora, ya no habrá posibilidad de poder volverse atrás. Esta es, por decirlo así, su última oportunidad de rechazar...

—Señor —atajó el comandante Lanel—, insisto en que no pienso volverme atrás. Acepto la misión.

—¿Lo ha reflexionado bien, comandante? —preguntó el jefe supremo, mirándole fijamente a los ojos.

—Sí, señor.

Intervino de nuevo el jefe de la base. —Cuando esté «allá arriba» tendrá que obedecer al «cerebro». ¿Lo ha pensado?

—Ya estoy acostumbrado. Tengo seis años de experiencia en vuelos.

—Pero nunca ha sido muy respetuoso con las órdenes recibidas. Permítame que se lo recuerde —insistió el jefe de la base.

—El que yo no sea respetuoso con un chisme mecánico no creo que tenga que ver con mi experiencia.

—Nunca ha aceptado de buen grado las órdenes de los programadores.

Lanel no contestó.

Fue el jefe supremo quien intervino para asegurarse:

—Lanel, este viaje va a ser muy delicado. De él dependen muchas cosas. Si va a discutir con nuestros programadores...

—¡Con todos los respetos, señor! —cortó tajante el comandante—. Ya he dicho que acepto y no creo que anden ustedes sobrados de voluntarios para mi misión para andarse con tantos cumplidos. Creí que venía aquí para recibir instrucciones.

El jefe supremo cambió una mirada llena de asombro con el jefe de la base, que a su vez manifestó:

—Ya se lo advertí, señor. El comandante Lanel tiene mucho temperamento. Personalmente no creo que sea el hombre adecuado. Y si me permite, le impondré el correctivo que merece su

desconsiderada actitud.

—¡Un momento! —exclamó el jefe supremo—. Ciertamente es un hombre de temperamento, pero quizá así es justamente lo que nos hace falta. ¿No le parece, profesor?

—Yo siempre he dicho que es imprevisible lo que puede ocurrir durante ese vuelo. Mis recomendaciones han sido siempre las mismas para quien acepte la misión: Temple, valor, serenidad, decisión y... fe, sobre todo mucha fe. Conozco a Lanel. Personalmente me gusta que sea él. Yo sé que sabrá dominarse, ¿verdad?

Lanel miró al profesor y tras un silencio en el que todos parecían querer oír su respuesta, el comandante murmuró al fin: —Se le ha olvidado una condición, profesor Carpentier. El hombre que ha aceptado ya esta misión debe tener una sexta cualidad. La cualidad del que se sabe condenado a morir. ¡A morir!

Tras otro silencio el jefe supremo murmuró: —Desgraciadamente, Lanel, no podemos contradecirle. En verdad y sin paliativos ni falsas esperanzas para usted, si insiste en aceptar la misión, éste va a ser el último viaje.

El último viaje porque ya no habría retorno. Esto Lanel lo sabía perfectamente, y no contestó.

CAPITULO II

Repasando los antiguos textos de cuando los hombres del planeta Tierra comenzaban sus primeros pinitos hacia el espacio, el presidente de una poderosa nación había dicho: «En los viajes espaciales no existen billetes de segunda clase.»

Ello quería decir que en la carrera que entonces iba a iniciarse, los que se creían poderosos tenían que ser los primeros y para conseguirlo necesitaban de todos los medios, sin regatear esfuerzos.

Historiadores de la época, escritores y estudiosos de las posibilidades de los entonces desconocidos espacios aseguraban: «En los primeros tiempos se sucederán los descubrimientos a pasos agigantados. En pocos años se lograrán avances insospechados hasta llegar a un límite que frenará otra vez al hombre por falta de medios y tendrán que transcurrir años, siglos tal vez para dar nuevos e importantes pasos...»

Sí... Tenían razón los que así escribían.

Primero porque no era posible regatear medios si se quería llegar hasta donde se había llegado ya, y segundo...

Segundo porque las investigaciones que en un principio habían llegado a límites insospechados chocaban ya con la barrera de lo infranqueable.

Lanel, en su automatizado hogar, repasaba viejos textos reeditados. Libros que eran pura historia, y otros que explicaban los nuevos avances.

La televisión funcionaba transmitiendo por la cadena científica trabajos que se realizaban en los laboratorios instalados en la Luna.

Un plano general del satélite permitía ver las instalaciones del tipo de enormes «igloos» donde vivían los técnicos, donde trabajaban, donde se divertían con los programas musicales del planeta, o donde hacían ejercicio en los grandes estadios provistos de aire acondicionado.

Bastaba cambiar de canal para observar el tráfico regular de la estación interterrestre. Era la enorme base conjunta del planeta. Base intermedia y zona para aterrizajes y despegues de otros vuelos experimentales.

Marte había quedado ya descartado tras descubrir en su superficie restos de una civilización agotada y destruida muchos siglos antes.

Se habían encontrado vestigios de vida en otros satélites, pequeños habitáculos convertidos en tierra calcárea, basalto y torrentes petrificados.

Pero se seguía buscando...

Y el presentador «automático» de la televisión estaba glosando en aquellos momentos la labor de los hombres de las bases experimentales.

Lanel se incorporó y tiró el libro que estaba leyendo, para cerrar con su aparato de control remoto la pantalla televisora que ocupaba una buena parte de un panel de la pared.

Marga permanecía en pie en un rincón que quedaba en la penumbra.

Era una mujer alta. No tanto como el comandante, pero tenía una gran presencia que armonizaba con su esbeltez de líneas y una belleza serena, sin estridencias, hermosa con temple.

—¿Por qué pretendes ignorarme? —murmuró ella, rompiendo un silencio de tiempo.

—Yo no pretendo ignorarte, Marga. Lo que ocurre es que tengo muchas cosas que hacer y otras muchas en que pensar —murmuró él tranquilamente, dando la luz de la parte de la amplia sala que hasta entonces había permanecido semioscura.

La luz iluminó por completo a la mujer.

—Te quiero, Lanel. Tú sabes que te quiero —murmuró ella.

—Somos víctimas de los tiempos, Marga. Y para el amor no queda sitio ya. Pero me alegro que me lo hayas dicho. No es frecuente en ti.

—¡Lanel, por favor...!

Ella había intentado aproximarse. Él se separó pasando al otro lado de la mesa del rincón del comedor.

—¡Marga, esto ya no tiene objeto!

—¡Lanel! ¡No hagas ese viaje! —pidió ella.

—Lo siento. He dado ya mi palabra.

—¡Hablaré con mi padre! Le diré que...

—No insistas. Acabo de aceptar irrevocablemente. Todo está ya en marcha. No discutamos esto, por favor.

—¡Dios mío! —susurró ella—. Todo... Todo lo has hecho por mí.

—No tengas tantas pretensiones, Marga. Lo he hecho porque, como tú sabes, soy un hombre vanidoso. No quiero ser nunca el segundo. No me conformo. Sólo se recuerda al número uno, al campeón. Los segundos se olvidan siempre. Ha sido de este modo toda la vida y desde que el mundo es mundo.

—Lanel... ¡Lanel! Tú eres un buen piloto. El mejor. No tenías porque...

—¿No tenía...? —sonrió él con un aire desdeñoso en su mirar.

Para cualquier mujer aquel hombre resultaba adorable; para ella, ahora que iba a perderlo, era además, el mejor. El mejor entre todos.

Marga avanzó con firmeza y le miró a los ojos.

—Sabías que yo quería hacer este vuelo. ¡No aceptan mujeres! ¡Tantos adelantos y seguimos consideradas como seres inferiores! Sin

embargo, para la gran prueba, para ese viaje sin retorno hubieran llegado a aceptarme... si no salía ningún voluntario masculino.

El la miró en silencio sin replicar. Marga continuó:

—No salían voluntarios. Tú lo sabes bien. Tal como expusieron las cosas, resultaba demasiado crudo... Hemos alcanzado un nivel de perfeccionamiento que nadie está dispuesto a renunciar a la vida. Esto me hacía concebir la esperanza de que por fin considerarían mi oferta... He luchado mucho para conseguir lo que mis antecesores no lograron nunca.

—No digas eso. Hay muchas mujeres que programan los cerebros.

—Pero siempre hay un hombre detrás, para comprobar. Incluso los mismos cerebros... —Los cerebros no tienen sexo.

—¡Oh, Lanel! Tú tampoco me has comprendido nunca.

—Sí, Marga. Te he comprendido siempre. Y ahora te duele que haga ese viaje porque consideras que te he robado la plaza.

—No. Ya no. Sé que lo haces por mí. Quieres ir tú para que yo siga viviendo.

—Esto sería absurdo. ¿No crees? Mi vida eres tú. ¿De qué me serviría perder la mía? No, Marga. Yo soñaba con estar a tu lado. Con licenciarme. Creo que ya he hecho lo suficiente para la ciencia. Soy el comandante piloto con más años de vuelo.

—Sí, Lanel, y ahora comprendo... Ha sido por mi egoísmo. Cuando te dije que prefería la gloria de ese viaje... Entonces tú... tú aceptaste. ¡Oh! ¡He sido una estúpida! Ahora me doy cuenta. La vida sigue siendo limitada. Hemos vivido demasiado pegados a la ciencia y no nos ha quedado tiempo para vivir. ¡Vivir! Vivir nuestra propia existencia...

Marga se abrazó apasionadamente al hombre. Le estrujó materialmente. Lanel no pudo resistirse y buscó con ardor los labios de la mujer.

La escena adusta de un principio se había trocado en el más apasionado momento de amor.

—Renuncia, cariño. Renuncia ahora y vivamos —pidió ella con los ojos húmedos y temblorosos los labios—. ¡Vivamos! ¡Recuperemos el tiempo que la ciencia nos ha robado!

—Demasiado tarde. No, Marga. No puede ser.

—Entonces déjame ir contigo. Hagamos juntos el último viaje... Sería maravilloso. '

—No. Eso no...

—Si tú lo pides no te lo negarán... Una mujer es necesaria, Lanel.

—¿Qué esperas? ¿Que descubramos un planeta nuevo y nos convirtamos en Adán y Eva de la era superatómica?

—No bromees.

—Hablo en serio, Marga.

—Y yo también. Una mujer es necesaria. Siempre es necesaria. Es el complemento del hombre. Donde quiera que sea.

—Voy a un lugar desconocido. No, Marga. No necesitaré ningún complemento.

—Si hubiera posibilidades aceptarías...

—No discutamos más, Marga. Está decidido. Además, en este viaje no voy solo.

—¿Eh? —ella le soltó, mirándole fijamente—. Dijeron que...

—No sé de quién se trata. No me lo han dicho, pero el jefe supremo ha insinuado que tendré compañía.

—Pero...

—Lo siento... Y no puedo hablar más de este asunto, Marga.

Tras un silencio ella inquirió:

—¿Y cuándo... cuándo es el día?

—La próxima semana. El lunes entraré a la base. Es todo lo que sé. Luego, cuando salga, será a bordo de la nave especial.

CAPITULO III

La noticia fue difundida a todo el mundo.

Las voces metálicas de los programadores anunciaban a través de las pantallas de televisión la inminente aventura.

—Esta es la nave especial que ha costado dos años de arduos trabajos...

Y a través de los televisores podía verse el artefacto. Era diferente de los conocidos.

Se componía de un almacén cilíndrico, cuyo interior se dividía en tres grandes secciones.

En la primera parte podía verse la cabina de mando con los aparatos para el control manual del vuelo, el cerebro electrónico que daría las instrucciones a los pilotos y todo lo necesario para la marcha.

En la cabina había tres sillones reclinables, y el locutor explicaba:

—En principio la nave fue creada para tres ocupantes, pero últimamente se ha decidido que fueran dos únicamente.

Luego las cámaras mostraban la segunda sección ubicada en el piso intermedio conforme la posición de la nave antes de iniciar el vuelo.

El espacio estaba destinado a «lugar de trabajo» y descanso.

En la parte de «trabajo» existía una mesa, pantallas, pulsadores, receptor-emisor, los dispositivos para comprobar las diferentes fases, verificadores para los distintos mandos y control general de datos.

En la subsección destinada a descanso había dos literas de aspecto confortable, con las correspondientes cabinas de cristal sintético y los depósitos de oxígeno para casos de emergencia.

Las pantallas mostraron seguidamente la tercera sección. Lo más importante de ella eran los llamados: «Ataúdes para hibernar».

—De sobras son conocidas de todos las modernas técnicas de hibernación. En nuestro planeta y hasta la hora presente, la hibernación se ha efectuado siempre bajo control médico. Sin embargo, por primera vez ese control será practicado a distancia durante el vuelo y mientras sea posible. Para, hablarnos de ello está con nosotros el doctor Strobel.

Apareció en la pantalla, tras una mesa de despacho, un hombre maduro de cara rojiza y aspecto saludable. —Doctor Strobel —preguntó la voz del metálico locutor—, ¿hasta dónde será posible dirigir la hibernación desde nuestro planeta?

—El número de años que separarán la nave de la Tierra, depende de muchos factores que escapan a mi competencia. No se puede

establecer la velocidad que alcanzarán los astronautas cuando salgan del espacio que podemos llamar conocido. No obstante, mientras la nave esté bajo control terrestre será posible dirigir la hibernación de los tripulantes y puedo asegurar que sólo un fallo imprevisto podría poner en peligro el experimento.

—¿Y cuándo la nave ya esté fuera de control? —preguntó la voz.

—Bueno... Entonces tendrán que guiarse por las experiencias. Ya no es un secreto que el factor tiempo es nulo en el espacio. Allí los relojes son meros instrumentos triviales, algo que carece de sentido... Un ser humano puede hibernar un siglo o... puede morir. Nadie sabe lo que esos valientes encontrarán más allá de lo conocido.

Tras las palabras del doctor Strobel apareció en la pantalla el jefe de la base experimental, a quien le fue preguntado: —¿Qué esperan encontrar más allá del planeta Plutón?

—Si lo supiéramos este viaje dejaría de ser una incógnita. No. No lo sabemos. Pero si todo lo que conocemos de nuestra galaxia ha dado como signo evidente que no existen seres vivos en ninguno de los planetas conocidos, hay que explorar más allá... Esas señales luminosas que aparecen en el firmamento, o las otras señales que los modernos detectores del espacio han captado, quieren indicarnos algo. «Algo». Y ese algo tiene que estar en un lugar desconocido... Hemos tardado muchos años, primero en conseguir que nuestras naves consigan la velocidad apropiada para que en un máximo de veinticinco años se pueda sobrepasar Plutón. Luego ha sido necesario mucho tiempo para encontrar la nave ideal. Se han realizado docenas y docenas de diseños. Se han empleado distintas aleaciones para conseguir la clase de material adecuado. Proyectos y más proyectos han sido revisados... En fin, que a nadie le quepa la menor duda de que éste es el proyecto más ambicioso que jamás ha realizado el ser humano.

—Un proyecto que sin embargo, precisa que dos hombres se ofrezcan para un viaje del que saben ya no podrán volver.

El jefe de la base frunció el entrecejo.

—La nave es irrecuperable, pero el sacrificio de esos hombres no será en vano. Cuando llegue el momento, nosotros o quienes nos sucedan obtendrán los datos que desde donde haya llegado la nave transmitirá. Sería maravilloso poder realizar ese viaje con esperanzas de regresar, pero incluso de ser posible sería necesario luchar contra el factor tiempo. Veinticinco años para la ida y otros tantos para la vuelta, representa justo el período de vida activa de un hombre. Ellos, los voluntarios que han elegido libremente tomar parte en el experimento, lo han hecho sin coacción de ninguna clase, convencidos de la importancia de su misión y también de que van a vivir unos años maravillosos, descubriendo cosas que tal vez el resto

de los mortales ahora vivientes jamás llegarán a saber. Serán veinticinco años de sus vidas dignos de ser vividos. Yo, particularmente, si mis superiores me lo hubiesen autorizado, habría aceptado gustoso ser el comandante de este vuelo.

—Bien, señor —repuso la voz—. Ya es hora de que conozcamos a los protagonistas que dentro de pocas horas van a emprender el viaje.

—En efecto. Están ya preparados y recibiendo las últimas instrucciones del profesor Carpentier. Dentro de unos momentos será posible hablar con ellos.

La pantalla ofreció una imagen general de la base de lanzamiento con un plano entero de la nave.

Luego siguiendo la tercera sección, la que quedaba abajo de todo, y en la parte opuesta de los «hibernadores», podía verse el almacén general, con los trajes de repuesto, las bombonas de oxígeno de emergencia, cables, toberas y otros aparatos de precisión, sin omitir las diferentes armas láser, instrumentos diversos y semillas y alimentos...

Mientras la voz metálica iba informando de la concienzuda previsión con que había sido equipada la nave, algo ocurría en una de las salas interiores de la base.

Lanel se había quedado solo con el otro piloto que debía acompañarle en el vuelo.

Y el otro piloto era Checow.

—¡Tú lo sabías! ¡Sabías que yo iría en ese vuelo! —mascullaba Lanel.

—No, amigo... Perdón... Sé que no te gusta que te llame amigo... En fin... Creo que ahora es una tontería discutir.

—¡No! ¡No lo es! No lo es porque no consentiré que me acompañes. Tú no.

—No seas estúpido. Yo no sabía nada, pero aunque lo hubiese sabido... No se podía volver atrás. Todo está hecho a nuestra medida. Cada detalle se ha realizado de acuerdo con nuestra complejión física, con nuestro ser. Con... ¡Diablo! Esto es como un traje ajustado a nuestra anatomía y no se puede rechazar.

—¡De todos los pilotos! ¡De todos los que existen en la base has tenido que ser tú...! —se lamentó Lanel. —Te aconsejo que empieces a hacerte a la idea de que en esta aventura tendremos que convivir juntos mucho tiempo... hasta el final. No podemos estar peleando siempre, ¿comprendes? El destino nos ha unido en esto. ¡Y te juro que yo no lo elegí! Tras un silencio Checow añadió: —Bueno. Yo también creo que tendría derecho a protestar, sin embargo, te ofrezco mi mano. Dejemos lo pasado y...

—¿Me ofreces tu mano? —espetó Lanel, fuera de sí—. Pero... ¿Quién diablos crees que eres? ¡No quiero tu mano! ¡No quiero verte!

¡Apestas! Eres el ser más bajo y más ruin que he conocido. Eres...

Antes de que pudiera continuar se abrió la puerta y apareció el profesor Carpentier, acompañado de dos de sus ayudantes.

—Están ahí las cámaras de televisión. Todo el mundo está ansioso de oír vuestras voces. No hagamos, pues, esperar al mundo.

—¡Por mí que espere! —espetó Lanel—. Quiero hablar con el supremo.

—Ahora no puede ser. Está en la terraza. El vuelo es dentro de... muy poco.

—¡Profesor! ¿De quién partió la estúpida idea de ocultar el nombre de la persona que iba a acompañarme? Yo ignoraba que Checow iría conmigo, Y él dice que también desconocía mi designación. —Bueno... Se dijo que sería mejor así... —Pero, ¿quién fue el que lo dijo? —Eso no importa. El caso es que en los entrenamientos oficiales era necesario observar las reacciones de cada cual por separado. Recuerda, Lanel, que hasta la última vez en que hablamos contigo, no se te comunicó que irías acompañado.

—Tampoco entiendo por qué se nos hizo suponer que íbamos a realizar solos el viaje.

—Bueno... Tenía que hacerse así.

—¿Tenía que hacerse?

El profesor consultó el reloj con cierta impaciencia.

—Si quieres saberlo, Lanel, tal vez no vaya a gustarte. Te conozco y...

—¿De quién fue la idea?

—De los ordenadores.

—¡Maldita sea! Un condenado cerebro automático...

—En el procedimiento de datos se señalaba que los dos candidatos debían permanecer aislados e ignorantes uno del otro. Y así se hizo. Sabes que los cerebros son la base de todos nuestros proyectos... —el profesor sonrió—. Bueno, tampoco es para enojarse; en los datos figuraba también que los dos, por diferentes motivos, erais las personas idóneas para este viaje. Reuníais el 99 por ciento de cualidades. Un récord imposible de superar.

—¡Je! Tire ese cerebro, profesor Carpentier —espetó Lanel—. Se ha equivocado de medio a medio. Uno de los dos no debe reunir esas cualidades.

—¿Qué?

—Que en vez de hacer este viaje con él —y Lanel señaló a Checow—, hubiese preferido hacerlo con un perro sarnoso.

—¡Lanel! No sabía que entre tú y Checow existieran rencillas. ¡Oh, no! ¡Cielos! ¡No! Tenéis que convivir juntos y compenetrados.

—Hable con su «cerebro», profesor. Tal vez encuentre una respuesta a esto.

—¡Cielos, cielos! —exclamó el profesor sin salir de su asombro—. Es terrible y fantástico a la vez.

—¿Qué es lo fantástico?

—La perfección del cerebro, Lanel... Es increíble.

—No le entiendo, profesor —murmuró Lanel frunciendo el entrecejo.

—Si está bien claro, Lanel... «El» lo sabía... El «cerebro» sabía que tú y Checow no erais amigos. Sin embargo, consideró que sí erais las personas idóneas para ese viaje.

—No diga tonterías, profesor. No salieron más voluntarios.

—No importa, porque aun así había que consultarle a «él».

—¿Al cerebro?

—Sí. No podíamos mandar al primero que saliese sin unas garantías mínimas. Yo hubiera puesto las manos en el fuego por ti. Creía que podías hacerlo, pero faltaba la confirmación oficial, y los datos dieron el resultado positivo... ¡Pero hicieron más! ¡Cielos, hicieron mucho más! ¿Lo entiendes ahora, verdad? —y tras una enfática pausa recalcó—: Vuestras rencillas eran conocidas, por eso el cerebro programó que se mantuviera en secreto vuestra identidad.

Checow rompió el silencio para murmurar:

—Tiene razón, profesor. Es un caso asombroso.

—El poder de los nuevos ordenadores —asintió el profesor— va más allá de lo que nosotros mismos suponemos.

—¡Bah! —espetó Lanel—. Eso son tonterías. Un ordenador no tiene voluntad propia. Los programa alguien como usted o como yo. Me gustaría saber quién ha querido pasarse de listo.

—Sólo el supremo, el jefe de la base y yo conocíamos vuestros nombres, Lanel. Los demás ignoraban quiénes iban a tomar parte en el vuelo —repuso el profesor.

—Pues alguien más debía saberlo. Alguien que sabía lo que yo pensaba de Checow.

—Puedo darte mi palabra de que no, Lanel. No lo sabía nadie. Tuvo que ser el cerebro. Sólo el cerebro... No le desobedece ni un momento durante el vuelo. No tomes iniciativas sin consultarle. Ahora estoy seguro de que «él» puede hacer por ti más que nadie... Más que nadie, Lanel. No lo olvides...

CAPITULO IV

Las cadenas de televisión continuaban haciendo los reportajes.

Lanel se negó a hablar.

De la antecámara pasó a través del corredor al hangar donde reposaba la nave.

Las pantallas de televisión reflejaban la imagen de Checow, que seguía contestando a las preguntas de los reporteros.

—Sí... —decía—, me hago cargo de la importancia del viaje. No deja de tener su lado heroico.

—¡Muy heroico diríamos nosotros! —repuso el presentador de turno—. Sabemos que los candidatos para ese viaje no han sido muchos, y la verdad es que realizar un viaje sin regreso...

—¡El muy imbécil! —espetó Lanel, observando la pantalla.

Uno de los técnicos murmuró:

—La verdad es que no respetan nada. Con tal de informar...

—¡Informar! Todo el mundo sabe que no vamos a regresar... ¿Por qué diablos quieren satisfacer tanta morbosa curiosidad? Y esos malditos reporteros deberían ser los primeros en abstenerse...

Checow continuaba hablando.

—...Pues no. No tengo ningún miedo. Estoy convencido que moriré de viejo como cualquier otro mortal —sonrió—. Sólo que yo, al revés de la gente, sé positivamente dónde voy a morir. ¡Je, je...! Dentro de una nave espacial. Y esto no lo pueden decir el resto de los humanos.

—Ya lo han oído, señores. Un hombre que no tiene miedo a morir —cortó el presentador—, va a realizar un viaje del que sabe que no volverá jamás. Un viaje que a partir del momento en que suba a la nave espacial que le llevará más allá de... de lo conocido, se despedirá para siempre de nuestro planeta...

Lanel no parecía dispuesto a escuchar más y se dirigió hacia el cuadro de mandos de las pantallas que retransmitían el reportaje y accionó el botón de cierre.

—¡Ya está bien! —espetó—. Sólo los cobardes hablan tanto.

Los demás le miraron. Jefes, técnicos, ayudantes. Todos clavaron los ojos en Lanel, que avanzó hacia la nave.

—Ya debe ser hora. ¡Abran la puerta de una maldita vez!

—El profesor... —empezó el jefe del hangar.

—¡Al diablo! Soy yo quien va a volar. No el profesor.

El profesor llegó en aquel instante, iba acompañado del 'supremo, del séquito y también del acompañante de Lanel.

—Comprendo que estén impacientes —dijo el supremo dirigiendo

la palabra en tono solemne—. El mundo entero sabe que para ustedes ha llegado el momento supremo. Van a realizar un viaje que facilitará datos importantísimos para nuestro planeta y...

Lanel cortó tajante:

—¡Ahórrese los discursos para nosotros! Si quiere hacer propaganda, tiempo no le faltará.

—Lanel... —empezó el profesor.

—¡Quiero largarme! —espetó el piloto—. No he aceptado esto para que me suelten una arenga. Cuando dije sí, sabía lo que decía. No necesito esos estímulos de palabra.

—Lanel —murmuró el supremo, aproximándose al piloto—. Comprendo lo que debe usted sentir. Disculpe... Tiene usted razón, y no era mi intención largar un discurso. No se me ocurre nada que decir para... En fin, para... Sólo puedo darle las gracias en nombre de la sociedad de las naciones del planeta. De nuestro planeta. Y desearle a usted y a su compañero Checow... suerte. Mucha suerte.

Le tendió la mano, que Lanel recogió maquinalmente.

Luego el profesor dio las últimas instrucciones.

—La nave ha permanecido cerrada desde esta mañana. Todo está conforme. Ustedes ya conocen todo lo referente al vuelo. Están al corriente de los imprevistos y... en fin, cualquier observación huelga en estos momentos... La hora está al llegar. Recuerden sólo las provisiones de recambio. Están en los armarios de la tercera sección. Cada uno de ustedes dispone de dos trajes de recambio, de dos escafandras, de las bombonas de oxígeno que les permitirán poder asomar al espacio por un total conjunto de 60 horas...

El profesor hizo una pausa, mientras los pilotos se enfundaban los respectivos trajes.

Nadie hablaba. El silencio era absoluto.

En el exterior, los presentadores de televisión tenían el gran día porque podían, multiplicar adjetivos encomiásticos hacia quienes iban a realizar el «Último viaje».

Las cámaras seguían recogiendo detalles y enfocando planos de la base de lanzamiento desde todos los ángulos.

Los pilotos terminaron de vestirse con el traje número uno.

—Y no olviden, muchachos. El cerebro resolverá cualquier duda que se les presente durante el vuelo —insistió el profesor, mirando significativamente al piloto Lanel.

Ya los preparativos habían concluido. Los dos hombres entraron en la nave para su viaje sin retorno... hacia lo desconocido.

En la sección primera se encontraban tres sillas articuladas, reclinables, formando cada una de ellas un mueble completo, que a la vez servía de cama, de mesa, de armario... porque en sus costados se hallaban multitud de pequeñas herramientas, de sobres con vitaminas

de emergencia, de medicamentos, de aparatos medidores, de... Allí estaba todo calculado y no faltaba nada.

Un presentador estaba contando ya el tiempo, advirtiéndolo a los telespectadores de que la definitiva cuenta atrás iba a empezar.

Alguien le dio la noticia y el presentador advirtió:

—En estos momentos, señoras y señores. ¡Ahora!

Ahora empieza a marcar el reloj los segundos que faltan para el lanzamiento.

Una esfera luminosa con aguja de precisión marcaba cada uno de los puntos que le acercaban a la hora H.

—Cien... —empezó el encargado de los mandos de la base.

—Noventa y nueve, noventa y ocho... —repetían los presentadores.

En las terrazas la expectación era enorme y el silencio auténticamente sepulcral.

—Noventa... Ochenta... Setenta...

La bóveda del hangar subterráneo se había abierto y el cuerpo superior de la nave pareció estirarse para asomar hacia la luz del sol.

Los dos pilotos estaban ya en sus respectivos lugares. La ignición había comenzado y la mezcla de láser con el nuevo combustible evitaba la explosión definitiva que hacía levantar la nave, a fin de que ésta pudiera despegar de una forma más suave.

—Sesenta... Cincuenta y cinco... Cincuenta y cuatro...

La numeración se sucedía... Ya nada podía detener el gran experimento... El gran viaje —como habían titulado los periódicos de todo el mundo— que iba a empezar dentro de...

—Cuarenta...

Cuarenta segundos.

—Treinta y nueve, treinta y ocho.

Lanel permanecía serio, fija su mirada en el visor, inmóviles sus labios, sus ojos sin pestañear, duro su rictus.

A su lado, en la otra butaca, dejando una vacía en el centro —porque había tres—, Checow también había perdido su aire risueño.

—Veintiocho, veintisiete...

Podía oír a través del altavoz cómo el locutor oficial de la base contaba los segundos.

—Veintidós, veintiuno...

Un locutor aprovechaba para decir:

—Quisiéramos que el profesor nos dijera qué ha sido lo que ha motivado que este viaje lo realicen dos personas. Esta mañana hemos podido observar parte de la nave antes de que la cerraran y hemos visto espacio para tres personas. Sin embargo, los pilotos sólo son dos. Ello nos hace pensar que en principio se previó que el vuelo debían realizarlo tres personas...

—Catorce segundos... Trece, doce...

La luz roja de la sala de mandos se encendió.

«Prevención.»

—Diez...

«Manos en la palanca.»

—Nueve.

«Fuera las válvulas de seguridad.»

—Ocho.

«Atención control.»

—Siete.

«Incidencias fuera.»

—Seis... Cinco, cuatro.

El profesor cogió el micro para dirigir el último y breve mensaje a los astronautas.

—¡Que Dios os proteja!

—Dos, uno...

«Manos fuera.»

—CERO...

La palanca había descendido rápidamente accionada por el dispositivo automático.

Se produjo un chasquido y la nave salió despedida, sin humo, sin fuego visible.

Se perdió rápidamente en el espacio de tal forma que las cámaras ultrarrápidas apenas si pudieron captar aquel sensacional despegue, que no era la primera vez que tenía lugar, sólo que en esta ocasión no se trataba de ningún ensayo. A bordo había dos hombres.

Transcurrieron cinco minutos y en el espacio, confundiéndose con el azul del cielo, la nave era sólo un punto ligeramente luminoso, azulado también.

Y los altavoces empezaron a funcionar:

—Siguen dirigidos desde el planeta —dijo la voz del profesor—. Permanezcan atentos a las pantallas hasta que se pasen los mandos al cerebro...

El bólido proseguía su carrera y Lanel comprobaba las vibraciones y comenzaba a transmitir sus impresiones por el micrófono conectado al «cerebro».

—No hay vibración. Vuelo normal. Todo funciona de acuerdo con los ensayos. Nada de particular. Los mensajes se captan perfectamente.

Y la voz del profesor repuso:

—Quiero oír a Checow. Que nos dé su impresión personal —pidió. Checow, lívido, cogió el micro.

—No tengo nada más que añadir a lo dicho por Lanel. Todo conforme.

—Bien —repuso el profesor—. Seguirán ustedes hasta el satélite «Nova Terra». Utilicen el módulo de salida para tomar contacto con el satélite. Lanel puede salir para cambiar impresiones con el doctor Mendal. Esperamos recoger su imagen desde la Tierra.

—Mensaje captado, profesor —repuso Lanel.

—Bien. Ahora pongan atención. Están a la distancia previamente calculada con respecto a la Tierra. Vamos a ensayar con el cerebro. Pasamos los mandos al cerebro. Comprueben... Lanel. No se olvide de seguir sus instrucciones. Seguiremos observando desde el laboratorio. Si algo va mal, corregiremos desde aquí. ¿Me ha entendido?

Lanel asintió.

—Bien. Ahora. En este momento... Presten atención a las pantallas... ¡Ya!

El «cerebro» entró en acción.

CAPITULO V

—¡Corrijan velocidad! Manipule mando número dos rojo y desvío de tres puntos en la trayectoria de la nave... —estas fueron las primeras indicaciones del cerebro reflejadas en una de las pantallas del gran pupitre.

Lanel pulsó el botón que decía:

«Repetición de instrucciones.»

El cerebro insistió con lo que había ordenado anteriormente.

—Bueno... Hay que hacerlo, ¿no? —sonrió Checow, mientras se quitaba los cinturones que le aseguraban al sillón.

Lanel le lanzó una mirada despectiva y corrigió sobre el tablero siguiendo las instrucciones recibidas.

Desde el interior, la nave no parecía haberse movido en absoluto, sin embargo, en el espacio azulado, tomando como punto de referencia la lejana Tierra, el bólido había descrito un brusco giro tomando otra trayectoria.

—Un punto más... Un punto más —repetía la pantalla del «cerebro».

Lanel observaba el pupitre.

—¿Cuántos puntos has corregido? —indagó Checow.

—Dos...

—Con el cerebro no se pueden hacer trampas, amigo. Je. Si dice tres puntos es porque tiene que ser tres puntos.

—¿Quieres cerrar la boca? —espetó Lanel.

—Bueno... No he sido yo quien ha dado la orden. Y estoy aquí con la misma misión que tú...

—¡Cierra el pico! —espetó Lanel.

Manipuló en el pupitre y la nave dio un nuevo giro, invisible para los pilotos.

—Lanel... —repuso el otro—, vamos a correr la misma suerte y...

—Está bien, Checow —cortó Lanel—. Quiero aclarar una cosa. Yo no te elegí. Te desprecio y tú sabes por qué... Pero puesto que la idea de que nos ignorásemos uno al otro para este vuelo ha sido del «magnífico» cerebro —y golpeó el pupitre con el puño derecho—, voy a ignorarte. Te soportaré, pero como si no existieras. ¿Está claro? Y digas lo que digas, recuerda que las órdenes a bordo de la nave las daré yo.

Checow guardó silencio.

—Si no estás de acuerdo, tienes tiempo de abandonar el vuelo... En cuando lleguemos al satélite. ¿Algo que objetar?

Checow iba a hablar, pero prefirió guardar silencio. Se mordió los

labios y asintió como hubiera hecho cualquier subordinado.

Lanel pulsó otro botón del pupitre correspondiente a una pregunta determinada, y la pantalla, una de las doce que formaban la pared del pupitre corroboró: —Ruta exacta. No toque nada. Llegarán a la base del satélite dentro de tres horas.

La velocidad respondía plenamente a la que correspondía al combustible utilizado. La mezcla de láser producía los efectos apetecidos y la llegada a la base iba a producirse muy pocas horas después del despegue, lo que en tiempos pretéritos hubiese necesitado un mínimo de dos días.

Una de las pantallas del cerebro funcionaba detectando algo. Lanel la miró con escepticismo.

—¡Eh! —protestó Checow tras un largo silencio.

—¡Ya lo veo! —espetó Lanel.

—Trata de indicarnos algo...

—No tiene sentido...

—Es como si... como si pretendiera advertirnos de que fuéramos más los pasajeros...

—Esto está construido para tres y el cerebro también —repuso Lanel.

—Será eso.

Lanel cortó la transmisión de la pantalla que parecía indicar la presencia de otra persona.

—¿Quieres que vaya a echar un vistazo? —preguntó Checow.

—Haz lo que quieras.

Checow se incorporó de la silla y observó en torno suyo. Aparte de los tres asientos, sólo había el pupitre de mandos, el del cerebro y los utensilios de urgente necesidad.

Bajó a la segunda planta. No existía problema alguno de ingravidez porque toda la nave se hallaba equipada con el correspondiente oxígeno graduable.

Checow observó las instalaciones de la segunda sección, que ya conocía de antemano perfectamente ya que ello había sido condición indispensable durante los ensayos.

La mesa, los sillones de descanso... Todo lo previsto.

Abajo de todo, en la tercera y última sección, estaban los hibernadores, los armarios con los repuestos, las herramientas.

Todo estaba en orden.

Lanel seguía con los mandos. La pantalla que indicaba la ruta no marcaba nuevas correcciones de la misma. Las otras las había cerrado Lanel.

—Se aproxima la base interplanetaria —anunció la pantalla.

Luego surgió una advertencia de todos conocida:

—Inmovilidad absoluta durante el freno. ¡Estén prevenidos!

Checow iba a abrir el armario de las provisiones cuando escuchó la sirena que desde la sección de mando accionaba Lanel.

—¡Oh! —exclamó. Y se apresuró a subir, olvidándose de los armarios—. ¿Estamos ya? —inquirió apenas había asomado por la sección primera.

—¡Sí! —espetó Lanel de mala gana.

A lo lejos, a través del visor-carlinga de la nave podía verse la figura del planeta artificial que constituía un auténtico laboratorio avanzado en el espacio.

La nave, al tener un punto de referencia, expresaba de forma clara y sin equívocos la gran velocidad que estaba desplegando.

Poco después, en la pantalla se indicaba la trayectoria a seguir y las oportunas correcciones, que Lanel seguía al pie de la letra.

La primera etapa estaba allí mismo. Checow se había puesto ya las correas de seguridad.

—Lanel... —murmuró.

Pero Lanel seguía con la mirada atenta a la pantalla, sin dejar de observar su inmediato punto de destino.

—Lanel... ¿No hay forma de que podamos hablar como personas civilizadas? —murmuró.

—¿Civilizado, tú? —espetó Lanel.

—¡Al diablo, Lanel! Todo el mundo tiene derecho a...

—¿A qué, Checow...? —cortó tajante Lanel—. ¿A dejar morir a unos compañeros?

—Pero...

—¡Contesta! ¿Es a eso a lo que todo el mundo tiene derecho?

—¿Es que no hay forma de razonar? —cortó el otro.

—Yo siempre razono.

—Bueno, Lanel... La otra vez ocurrió que...

—¡No me importa ya lo que ocurrió! Esas cosas no se arreglan con decir: ¡Lo siento!

—No. Tal vez no, Lanel... Pero si me escucharas...

—Tú y yo ya nos dijimos todo hace algunos años.

—Puede que tengas razón. No obstante, yo quisiera...

—¡Vete al diablo!

La nave marchaba en línea recta hacia la «entrada» del satélite artificial, acelerando la marcha. Checow aseguró su cinturón para seguir las normas.

—Conexión con el doctor Mendal —advirtió la pantalla correspondiente.

La imagen del doctor apareció en la pantalla.

—Bien venidos, muchachos —sonrió a través de la pantalla—. Creo que pueden utilizar el módulo... si su «cerebro» se lo autoriza. Están a quinientos kilómetros exactamente y observo que su vehículo

está «frenado».

En efecto. El «cerebro» había cuidado de indicar la maniobra de freno y Lanel, obedeciendo, momentos antes había frenado la nave, que ahora se mantenía suspendida en el espacio.

Los gases que la mantenía «casi» detenida se escapaban por la parte trasera del fuselaje.

Los dos pilotos se colocaron las respectivas escafandras para situarse junto a la cabina adosada a uno de los extremos de la sección primera. Iban a salir. Aquello constituía el final de la primera etapa de viaje, su último contacto con los terrestres aunque se hallaran a miles de kilómetros alejados del planeta.

Las compuertas se abrieron para que la «cabina» se elevara por fuera de la nave.

Unos mandos especiales regidos por el «cerebro» activaron la velocidad del módulo, que avanzó hacia el satélite artificial «Nova-Terra».

Los quinientos kilómetros que había anunciado el profesor se recorrieron en un escaso tiempo, ante la azulada penumbra del espacio.

La cabina se metió como un guante a una mano en la base correspondiente. Todo salía mejor que cualquier teórica ficción, y momentos después los dos pilotos se hallaban frente al doctor Mendal.

—Bien venidos —repitió el jefe del satélite—. Son ustedes dignos de admirar... Bueno, a usted Lanel le conozco hace tiempo... Por cierto, ¿qué tal está Marga? ¡Oh! Quizá en estos momentos mi pregunta esté fuera de lugar.

—La dejé perfectamente, doctor —cortó Lanel.

—Disculpe si he sido inoportuno...

—Ella conoce la verdad de este viaje. En realidad ahora ya no es «un secreto para nadie. Un viaje sin vuelta. Alguien tenía que hacerlo... Bueno, ella encontrará a otro hombre. Lo merece. Es una gran chica.

—Sí. Sí lo es. Usted sabe que yo era amigo del padre de Marga... ¡Oh! Pero estamos hablando de cosas triviales. No disponen ustedes de mucho tiempo.

—Diez minutos, según el horario de la tierra. Es lo previsto.

—Bien. Todo les va bien supongo —murmuró el doctor.

—Hasta ahora no hay dificultades.

—¿Y usted, Checowa? ¿No dice nada? —terció el jefe de la base interplanetaria.

—Que todo va bien —murmuró el aludido con cierta timidez.

—Bien. Tomen alguna cosa. Tengo un refrigerador y conservo alimentos naturales.

—Gracias, doctor. Por mi parte no quiero nada. Si me presta su

transmisor hablaré a los jefes.

—Desde luego.

—¿Checow? —inquirió el doctor.

—No, no. Yo tampoco quiero nada... Tal vez dentro de algunos años, cuando estemos hartos de esas provisiones sintéticas, me apetecerá una patata frita... —sonrió—. Pero ahora tengo el estómago lleno. La vida es así. Cuando te ofrecen algo es cuando no lo necesitas. Disculpe. Yo también debo estar presente durante la transmisión...

Lanel estaba ya hablando y su información versaba sobre la regularidad del vuelo.

—Hemos observado —replicó el profesor desde el planeta— que el «cerebro» funciona perfectamente. Les auguro un buen viaje. Estarán en contacto con nosotros durante la siguiente semana, pero desde ahora sigan definitivamente las instrucciones del «cerebro». Diga algo, Checow.

Checow tomó el micrófono para decir: —Poco tengo que decir. Hasta ahora ha sido un viaje rutinario y muy bueno, profesor.

—Bien —repuso la voz del profesor—. Establezcan turnos. Divídanse el tiempo entre los dos y recuerden siempre que deben obedecer al «cerebro». Es todo...

Más tarde regresaban a la nave a bordo del módulo.

La cabina llegó sin novedad donde esperaba el vehículo, a cuyo interior se introdujo con matemática precisión.

—Bueno —dijo Checow, quitándose la escafandra—, ahora me toca cuidar de todo esto. La respuesta de Lanel fue categórica: —Mientras yo esté en la nave, no tocarás nada, Checow. Grábatelo en la mente. No tocarás nada. Yo no te elegí... Así que ve haciéndote a la idea de que eres un pasajero tan sólo.

—¡Lanel!

—¡No quiero inútiles cobardes a mi lado, Checow!

—¡Lanel!

—Te lo diré más claro. No me gustan los asesinos.

Checow trató de decir algo, pero la dura mirada de su compañero de vuelo pareció impedirselo. Y guardó silencio.

CAPITULO VI

Una de las pantallas del cerebro anunció:

—¡Atención! ¡Último contacto con el planeta!

Las letras permanecieron en la pantalla durante un minuto. Lanel miró un momento a Checow, que parecía ausente de todo cuanto le rodeaba, y sacándole de sus pensamientos le advirtió: —Si tienes algo que decir... Es el último aviso.

—No. No tengo nada que decir.

Lanel puso contacto con la tierra, que ya no era de tamaño más grande que cualquier otra estrella lejana.

La Luna había quedado también lejos y la nave era como una miniatura en medio del espacio sin fin.

La conexión con el planeta, sin embargo, resultó absolutamente clara y la voz del profesor parecía sonar en una habitación contigua.

—Están al límite, Lanel. Dentro de breves minutos desaparecerá todo contacto. A partir de ese momento ya no podrán transmitir, pero nosotros seguiremos recibiendo todos los datos... ¿Me oye bien, Lanel?

—Perfectamente, profesor.

—Bien, Lanel... Recuerde las instrucciones; no salgan de la nave a menos de que sea absolutamente necesario. Si ven algo interesante, o el «cerebro» lo indica, háganle caso, pero ahorren todo el tiempo posible. ¿Me ha comprendido?

—Sí, profesor.

De pronto la conexión pareció alejarse. Una pantalla del cerebro anunciaba el límite del tiempo.

—Que Dios les proteja, Lanel —fueron las últimas palabras del profesor,

—¡Vamos, Checow! —indicó Lanel.

—No importa. ¿Para qué? Ya he dicho que no tenía nada que decir.

La comunicación quedó cortada totalmente.

Una pantalla anunció:

—Circulan bajo mi control. Aténganse a las instrucciones.

Cecow murmuró:

—Pronto se cumplirán las veinticuatro primeras horas. ¿Cuánto crees que podrás aguantar?

Lanel se abstuvo de contestar.

—Escucha, compañero. Voy a seguirte la corriente hasta que caigas exhausto. Es desde luego lo más cómodo para mí... Pero luego no te quejes... Ni me acuses...

—¡Cállate!

—No quiero, Lanel. Ahora ya estamos fuera del planeta. Dependemos el uno del otro... Pero ignoras algo, algo muy importante que debes saber y ahora ya no me importa que lo sepas, —Sé lo que debo saber, Checow. Lo sé todo. Lo que ocurrió en aquel vuelo...

—Tú no sabes nada. Todo son figuraciones...

—Sé que a causa de tu cobardía murieron tres de mis mejores amigos. Tú tripulabas una de las naves de patrulla y te pidieron que les auxiliaras.

—Yo no podía hacer nada. Les advertí que frenaran la nave...

—¿Cómo diablos iban a frenar su nave si se habían quedado sin combustible a consecuencia de un fallo?

—De acuerdo. Habrían vagado por el espacio unas cuantas horas. Días tal vez, pero se hubiesen salvado. Ellos trataron de ganar la Luna y en sus condiciones no podían hacerlo.

—¿Por qué no les echaste una mano? ¡No! No me contestes. Léí tu informe. Fue muy brillante, pero a mí no me convence, porque yo capté su señal. Sin embargo, estaba demasiado lejos. Tú no... Tú estabas allí mismo, pero tuviste miedo de aproximarte...

—No sabes lo que dices.

—Sí lo sé, Checow. Siempre te has mostrado demasiado prudente. Una prudencia sospechosa...

—¿Por qué crees entonces que hago ese viaje si tan cobarde me crees?

—Porque sabes que tarde o temprano hubiera encontrado pruebas para acusarte de tu acto de negación de auxilio. Todo el mundo hubiera sabido la clase de compañero que tenían en la base.

—Otra vez te equivocas.

—No sé cómo te aceptaron, Checow. Pero nunca me han gustado tus ideas. Nadie supo jamás de dónde llegaste, ni quién diablos te aceptó en la base, pero tu aparición ha sido funesta para algunos.

—Mira, Lanel, ahora estás ofuscado. Tenías que soltar todo esto y lo has hecho. Descansa. Tendremos tiempo para hablar.

—No, Checow... No tendremos tiempo —y puesto en pie, Lanel sacó de la funda su arma corta, último modelo de láser.

—¿Qué intentas?

—Yo no sabía que ibas a hacer este viaje, Checow... Y según parece, tú también ignorabas que yo sería tu compañero. No estoy muy seguro de cuáles eran tus planes... Pero si tramas algo, no dudes de que haré uso de esto —accionó significativamente su mano armada.

Tras un profundo silencio, la réplica de Checow se produjo de un modo extraño. Su voz adquirió un tono grave, casi siniestro. No parecía él quien hablaba cuando manifestó: —No intentes nada contra

mí, Lanel. No lo intentes. Te lo aconsejo... Porque no conseguirías otra cosa que tu propia destrucción.

Luego se produjo otro silencio.

La mano de Lanel se mantenía firme sujetando el arma. También Checow le miraba fijamente.

Fue el silbido de una de las pantallas del «cerebro» lo que rompió la tensión.

Y Checow habló cambiando su tono lúgubre por el suyo natural, corriente, jovial casi.

—Parece que trata de decirnos algo.

Lanel enfundó y se fijó en la pantalla. Nuevamente, los signos de interferencia parecían indicar lo que ya había anunciado tiempo atrás.

Checow murmuró:

—Detecta una persona

—Esto debe tener un fallo.

—Es extraño... En todo lo demás funciona perfectamente.

—Bueno, no importa. Es un cerebro mecánico. No es perfecto. No lo son los humanos tampoco y esto lo ha construido un hombre.

Cerró la pantalla, pero inmediatamente en otra apareció la indicación:

—Atiendan mis instrucciones. Averigüen las causas de las anomalías que se indican.

—Parece que piense por su propia cuenta —sonrió Checow.

A Lanel no le hacía ninguna gracia.

La pantalla remarcaba el aviso brillantando el tono rojizo de las letras:

—Atiendan mis instrucciones... Atiendan mis instrucciones.

—¿Pero qué instrucciones? —espetó Lanel.

Entonces en el silencio de la nave sonaron unos pasos sobre la superficie metalizada.

Eran pasos de alguien que ascendía desde los sectores de más abajo.

Checow cambió una mirada con Lanel como queriendo decirle: «Esto no es cosa del "cerebro"».

Los pasos sonaban cada vez más cerca.

Lanel se aproximó a la escotilla que separaba el primer sector del intermedio y la abrió manualmente.

No vio a nadie.

Checow sacó su revólver láser.

—¿Quieres que vaya delante? —preguntó en un susurro.

Lanel negó con la cabeza y comenzó a bajar a su vez.

Descendió los barrotes metálicos hasta llegar al segundo sector.

Apenas llegado, tras de sí notó el aliento de alguien. Más que el aliento, fue la sospecha de unos ojos, de un ser humano que le estaba

observando.

Viró en redondo y lanzó una exclamación:

—¡No!

CAPITULO VII

—Lo siento, Lanel... Siento haberte sorprendido —dijo ella—, pero era el único modo de poder hacerlo.

Era Marga. Su novia. La mujer a la que había dejado para realizar aquel viaje sin retorno.

Ella, radiante bajo la vestimenta normal, pantalón y blusa de punto, negros, primorosamente ajustados al cuerpo.

—No debiste hacerlo. No debiste... Tú sabías... —empezó él.

—Sí, Lanel. Lo sabía, y por eso he querido ir contigo.

—¡Oh, no! No estamos preparados... Sólo hay equipo para dos personas y ni siquiera sabemos lo que encontraremos más allá.

—Eso nunca me importó, querido.

—Voy a hacer regresar la nave... Tenemos combustible. Te dejaré en el laboratorio espacial, con el doctor Mendal.

—No, Lanel.

—No puedes correr ese riesgo.

—Lo mismo que tú... Lanel, piensa en lo maravilloso que puede ser esto. Nuestro último viaje... Y juntos.

El la miró intensamente.

—Tú querías ir, ¿verdad?

—Sí, quería, quería con todas mis fuerzas, pero cuando me rechazaron pensé que el destino me unía a ti... hasta que supe la noticia de que tú habías aceptado. Y entonces supuse que lo habías hecho por mí.

—Has sido una estúpida. Correr ese riesgo por...

—No hables tanto... Tenemos mucho tiempo —sonrió ella.

Sin poderlo evitar, Lanel se aproximó para abrazarla. Tras suyo estaba Checow. Ella agrandó los ojos al verle.

Lanel se volvió. Checow sonreía.

—Bueno... Esto es como estar en familia. Bienvenida, Marga.

Lanel reaccionó:

—¡No puede estar aquí! ¡Volveremos al satélite!

—¿Y cómo piensas hacerlo, genio? —sonrió Checow.

Ella asintió dando la razón a Checow.

—El tiene razón. No puedes volver. Ahora es imposible.

—Hay un cerebro sabelotodo en el otro piso, ¿no? —inquirió Lanel.

—No está programado para regresar —replicó Checow.

—Eso dicen... Pero el profesor Carpentier dijo que esa cosa metálica —nombró despectivamente al «cerebro»— tiene posibilidades insospechadas. Ya es hora de que lo demuestre.

—Es inútil, Lanel. Yo ya lo he decidido. No os moles—
taré. No saldré de aquí... No os robaré el oxígeno controlado,
puesto que la nave está ideada para tres.

—Ya lo ves, Lanel —adujo de nuevo Checow, sonriente—. Vamos
a tener una agradable compañía durante el resto de nuestras vidas.

—No estés tan seguro —espetó Lanel.

—Ella ya lo ha decidido y no creo que tengas derecho a
interponerte en sus deseos.

—No te mezcles en esto.

—Bueno. Después de todo, el viaje hasta ahora no ha sido tan
malo...

—Escucha, Checow... Si he de soportarle durante lo que me queda
de vida, sólo te pido que no me des consejos.

—No te enfades con él.

Checow guiñó el ojo a la muchacha.

—¿Qué significa esto? —inquirió Lanel encontrando algo extraña
la actitud de los dos.

Se hizo un silencio que rompió Marga para decir:

—Puesto que vamos a estar unidos hasta... hasta el fin, será mejor
que digamos la verdad desde el primer momento. No hay razón para
ocultárselo, ¿verdad, Checow?

—¿Eh? —inquirió Lanel, intuyendo una confabulación.

Ella continuó:

—Fue él quien me dejó esconder en la nave... Yo sola no hubiera
podido burlar la vigilancia.

—¡Checow! Tú... —empezó Lanel.

—Bueno. Ella me lo pidió. Yo sabía que os queráis y... Ya sabes...
En el planeta aunque las mujeres sigan luchando por la igualdad
siempre acaban haciendo lo que se les antoja. Yo... Lo único que hice
fue echarle una mano.

—Pero tú sabías que yo...

—Tampoco voy a engañarte; Lanel... Podría decirte que supe que
tú eras mi compañero cuando Marga me lo dijo, pero no. Mentiría si
te hiciera creer tal cosa.

—Entonces...

—Desde el primer momento supe que tú serías el elegido para ese
viaje.

—Alguien ha mentido entonces.

—Te aseguro que no, Lanel —repuso Checow.

—El profesor dijo...

—Que el «cerebro» había dispuesto que era mejor que nos
ignorásemos mutuamente —admitió Checow.

—Pero tú lo sabías.

—Eso no quiere decir que ni el cerebro ni el profesor mintieran,

amigo mío.

—¡Yo no soy tu amigo! ¿Cómo supiste que yo iba a hacer el viaje?

—Esta es una cuestión que ya la sabrás. Sigues estando demasiado excitado, Lanel.

—No me vengas con medias palabras. Tú ayudaste a Marga...

—¡Olvidalo! —intervino ella—. Fui yo quien se lo pedí. Lo hubiese intentado de todos modos. ¡Oh, Lanel! ¿Qué peligro corro? El también piensa como yo —e indicó a Checow, a quien Lanel fulminó nuevamente con la mirada.

La muchacha continuó:

—Allá en la Tierra nuestra vida es también limitada. ¿Qué más da morir en un sitio que en otro? Estaremos juntos... Veremos cosas que ningún otro ser humano podrá ver jamás...

Se hizo un breve silencio que quedó interrumpido por un agudo chillido procedente del «cerebro».

—¡Una señal acústica! —exclamó Checow, y subió rápidamente la escalera hacia la estancia superior.

—¡Peligro! ¡Peligro! ¡Peligro! —recalcaba la pantalla aumentando progresivamente el tamaño de las letras.

En otra pantalla podía verse la situación de la nave en el espacio y un punto luminoso que una tercera pantalla detectaba, indicando a su vez a la velocidad a que se movía.

—¡Es un meteoro! Parece que viene hacia nosotros... —masculló Lanel, aproximándose hacia la pantalla, mientras Marga permanecía a su lado, pero ligeramente rezagada.

—Viaja a doble velocidad que la nuestra y nuestra llave lo atrae —informó Checow.

—Hay que virar —dijo Lanel, aproximándose al tablero de mandos.

—¡No, espera! —espetó Checow.

—¿Esperar? ¿A qué? El «cerebro» no da instrucciones. Tenemos que utilizar nuestros propios métodos.

—¡No toques nada! —insistió Checow, mirando la pantalla que daba cuenta de la proximidad del meteoro.

—Está a mil kilómetros —murmuró Marga leyendo las indicaciones del «cerebro».

—¡Quita las manos del pupitre! No puedes girar nada. No hay instrucciones, y el meteoro nos seguirá.

Checow había sujetado la muñeca derecha de Lanel para evitar que manipulara para el cambio de rumbo.

Lanel reaccionó y pretendió desasirse, pero Checow le retorció el brazo.

—No es momento para pelear.

—¡Suelta, Checow! —advirtió Lanel.

El otro haciendo alarde de una fuerza que no aparentaba consiguió apartarle.

Lanel para terminar la cuestión intentó golpear a su compañero.

Checow colocó el canto de su mano libre contra el abdomen de Lanel, que acusó el impacto en el punto preciso y se inclinó ligeramente hacia delante.

Checow descargó un segundo golpe en el mentón de Lanel, mandándolo contra un rincón.

Acto seguido Checow volvió su atención a la pantalla que señalaba el peligro inminente.

Lanel en el suelo comenzó a reaccionar tras un segundo de atontamiento. Miró indignado hacia Checow y se levantó con ánimo de agredirle.

—¡No consiento que...!

Ahora fue Checow el que sacó su pistola y exclamó en tono autoritario.

—Esto es serio, Lanel. Y no permitiré que nos estrellemos contra eso por culpa de tu maldito orgullo.

Su mano libre se posó sobre uno de los botones de mando y añadió:

—Vamos, Marga, dile que sea razonable por una vez... Yo sé cómo dominar esto.

Ella miró angustiada. Lanel no podía avanzar porque tenía ante sí la amenaza del arma de su compañero de vuelo.

—¡Vamos! Tengo que estar pendiente del meteoro.

—¡Está sólo a cien kilómetros! ¡Y viene hacia aquí! —exclamó ella.

Checow se volvió hacia el visor. Una enorme bola de fuego se precipitaba contra la nave.

Lanel se aproximó al tablero de mandos, mientras Checow dejaba el arma encima y pulsaba el botón de «Todos mandos».

Era una prevención para que todos los mandos del vehículo espacial respondieran instantáneamente en el momento preciso.

—Ese maldito «cerebro» parece que haya enmudecido. ¡Ya sabemos que hay peligro! —estalló Lanel.

El cerebro se limitaba a detectar aquel peligro, pero no daba soluciones.

Y la bola de fuego era ya tan enorme que a través del visor delantero ya no se veía otra cosa que aquella masa deforme que se aproximaba.

Los cien kilómetros se redujeron a cincuenta en segundos, luego cuarenta, treinta...

La diestra de Checow estaba atenta como si aguardara el momento preciso. Lanel intentaba comprender lo que su compañero se proponía.

Le veía seguro, atento, con los nervios tensos y los sentidos latentes.

Veinte kilómetros, diez...

El choque parecía inminente. En la nave nadie respiraba.

El índice derecho de Checow pulsó uno de los botones.

La bola estaba allí. Allí mismo. Iba a chocar...

La nave viró bruscamente.

De pronto la muchacha se sintió impelida hacia la escalera tras la cual desapareció al dar un traspié.

También Lanel se vio impulsado hacia atrás por las vibraciones y Checow, a pesar de estar prevenido, tampoco pudo mantener el equilibrio.

Durante varios segundos la nave continuó agitándose como una coctelera.

Si sus ocupantes hubieran podido verla desde el exterior le hubiese parecido imposible que nadie fuera capaz de aguantar aquel ritmo continuo, infernal.

De pronto todo cesó.

—¡Marga! —exclamó Lanel, y se precipitó escalera abajo para ir hacia el segundo sector.

Ella se levantaba del suelo.

—Estoy bien... Un poco magullada, pero... creo que no me he roto nada.

Él estaba ya a su lado.

—Vamos arriba...

—¿Hemos chocado?

—No. No creo. Pero esa maldita cosa nos ha pasado rozando.

—Checow lo ha conseguido —murmuró ella. Y Checow apareció sonriente en lo alto. —Pasó el peligro —dijo.

En la pantalla correspondiente, el «cerebro» indicaba :

—Fin del peligro. Enhorabuena.

Lanel miró la pantalla y masculló:

—Y además tenemos un «cerebro» sarcástico.

Cecow a su vez adujo:

—Siento lo de antes. Temí que pudieras echarlo todo a perder... Yo estaba seguro de poder burlar el peligro.

Lanel, tras un silencio durante el cual no apartó la mirada de Checow, acabó preguntando:

—¿Y cómo estabas tan seguro de que tu técnica daría resultado?

—Bueno... Digamos que era una corazonada. Pero tú... no hubieras hecho lo mismo que yo, ¿verdad?

Tras un rato de duda, Lanel admitió:

—Hubiese cambiado la trayectoria en el primer momento.

—Y el meteoro te hubiera seguido. No era cosa corriente. Me di

cuenta en seguida.

—¿Te diste cuenta?

—Sí, Lanel. Me di cuenta... Tú has oído hablar de la antimateria, ¿verdad?

—Sí... Pero eso es pura fantasía. Se habló mucho de ello en tiempos pasados, pero no consiguió demostrarse su existencia.

—Yo no estaría tan seguro.

—¿Y por qué no?

—Porque existe realmente, Lanel. Existe, y hoy hemos tenido una muestra muy cerca. Sólo se la puede evitar como yo he hecho. En el último instante, antes del choque, expulsando el gas especial, pero no para mantener la nave a flote sino para virar. Ese gas es lo único que puede paralizar en décimas de segundo el efecto de la antimateria y de este modo el meteoro sigue por inercia su trayectoria mientras su objetivo a destruir, en este caso nuestra nave, puede ponerse a salvo cambiando de trayectoria. Pero sólo se puede aplicar esta técnica en el instante preciso, una décima de segundo a destiempo puede ser fatal. De cualquier modo el procedimiento tampoco es muy seguro con los medios con que contamos... —se interrumpió y sonrió ligeramente para añadir, cambiando de expresión—: Bueno... Creo que ya he hablado demasiado. Anda, ve a descansar o hazle compañía a Marga. Yo me quedaré aquí.

Lanel no replicó. Se limitaba a mirar fijamente a su compañero de vuelo y se preguntaba para sus adentros:

«¿Cómo puede saber todo esto?»

CAPITULO VIII

—¿Cómo puede saberlo, Marga? —se repetía Lanel, hablando a solas con la muchacha en la sala de descanso del segundo sector.

Estirado en el sillón reclinable, junto a Marga, ambos habían ingerido los alimentos comprimidos.

Y Lanel continuó:

—Checow era sólo un piloto de segunda clase en los vuelos de patrulla. Nunca había destacado gran cosa...

—Tal vez le menospreciabais.

—No merecía otra cosa.

—¿Por qué le odias? Me he dado cuenta —murmuró Marga tras un corto silencio.

—Hubiera podido evitar que tres compañeros míos murieran.

—¿Cómo?

—El vehículo que utilizaban tuvo un fallo y se estrelló contra la superficie de la Luna.

—¿Y cómo podía Checow impedirlo? —Aproximándose con su nave. Los otros hubieran salido utilizando las cargas de oxígeno. Podía llegar hasta doce metros de ellos. Hubiera sido suficiente.., Pero temió correr el riesgo. Para aproximarse a una nave hay que saber dominar muy bien los mandos. Cualquier error implicaría un choque, y Checow no quiso cometer ese error. Dejó que se las apañaran solos y ellos trataron de llegar a la Luna. Murieron aplasta dos...

—Sin embargo, hoy Checow ha demostrado no tener miedo. Le he observado. Parecía absolutamente seguro de sí mismo.

—Sí. Ya lo he visto... Y esto es lo extraño.

—¿Por qué no tratas de olvidar lo pasado? Este va a ser un viaje largo. Es mejor hacerlo en armonía,

—Hubiera preferido hacerlo con otro. Sin embargo.., —Se pasó la mano por la mandíbula y añadió—: Parece como si ocultara algo. Y pega fuerte.

—Olvida esto.

—Sí. Olvidaré por el momento, pero si está tramando algo... continuaré esa pelea que él ha empezado.

—¿De veras quieres continuar la guerra, Lanel? —preguntó Checow asomando.

Había oído las últimas palabras de Lanel, pero no parecía disgustado por ello.

—¿Te dedicas a espiarnos?

—No, Lanel. Lo oí por casualidad y quiero que sepas algo; esos compañeros tuyos se habrían salvado si hubieran seguido mis

instrucciones.

Lanel iba a hablar, pero prefirió que el otro siguiese, Checow añadió:

—Les dije que frenaran el vehículo, pero temieron perderse. Insistí en que lo hicieran y dejaran el resto de mi cuenta.

—Pero tú no te acercaste. Desde donde estaba pude escuchar la llamada de socorro y tu respuesta, diciendo que no podías acercarte.

—No. No podía. Su nave vibraba casi tanto como ha vibrado la nuestra cuando hemos tenido el encuentro con el meteoro, y así no hubiera podido acercarme ni a quinientos metros. Se lo advertí. Les dije que su única salvación era flotar, pero se empeñaron en dirigirse a la Luna. Perdieron el control. Les dominó el pánico. Yo no pude hacer nada.

—Sin embargo, nada dijiste en los informes. ¿Por qué no explicaste lo que acabas de decir ahora?

—¿Echar tierra encima de unos infelices que ya no volverían a cometer ningún otro error? No. Preferí que tú y algunos pudierais pensar de mí que era un cobarde. ¿Para qué culpar a los muertos?

—¿Pretendes, encima, que te agradezcan tu... caballerosa acción?

—Yo no quiero que me agradezcan nada. Durante el tiempo que he trabajado para la base he procurado cumplir y ayudar en lo que me ha sido posible. Nunca he buscado lauros ni agradecimiento. Si hablo de ello es porque no quiero que sigas viendo en mí a un posible enemigo...

Se aproximó algo más y tendió su mano hacia Lanel, pero éste no hizo nada por corresponder el saludo. Ignoró la acción de Checow y murmuró: —¿Y cómo supiste que yo iba a realizar ese viaje?

—Si te lo digo no me vas a creer.

—Inténtalo.

—Bueno. Lo adiviné, digamos por... intuición.

—¿Intuición?

—Algo así.

—Nunca me ha gustado que me tomaran el pelo, Checow.

—Supuse que ibas a contestar algo así... Cree lo que quieras; lo supe y eso es todo.

—Bien, dejémoslo así, puesto que no quieres sincerarte. Pero di... Si sabías que yo haría el viaje... ¿Por qué pediste acompañarme?

—Porque si con alguien valía la pena realizar ese viaje era contigo.

—Sin coba.

—Sin coba, Lanel. De lo que hemos dejado allá abajo tú eres de lo mejorcito.

—Te he dicho que no quería coba.

—Yo no le doy coba a nadie, Lanel. Tú no me conoces. Nadie me

conoce realmente. Allí abajo, ¿sabes?, se ha avanzado mucho, pero la ignorancia continúa siendo la mayor de las cualidades de los hombres.

—¿Y tú no te incluyes?

—No es que yo sea muy inteligente, pero en algunas cosas... Bueno... Ya seguiremos hablando más adelante. Hay tiempo. Con vuestro permiso, seguiré arriba. No es muy divertido, sobre todo por el paisaje. Demasiado monótono... Pero esto ya lo sabíamos antes de empezar el viaje —les guiñó un ojo jovialmente y desapareció escaleras arriba.

—Parece como si tratara de hacernos comprender algo, ¿verdad? —comentó Marga.

—Trata de hacerse el interesante.

—Y simpático también.

—No te dejes embaucar.

—Espero que no estés celoso.

—¿De él? ¡Oh, no!

—Bueno, si se sigue portando como hasta ahora no creo que haya motivo para dejarle de lado. Seamos comprensivos, ¿eh?

—Yo siempre trato de ser comprensivo, Marga. Anda, duerme. Necesitas descanso.

—Y tú también. Tienes una gran responsabilidad. Todo el mundo estará pendiente de este vuelo y durante muchos años se seguirá hablando de él, y de vosotros y de todo lo que descubráis y pueda ser transmitido a la Tierra.

Los párpados de Lanel comenzaban a cerrarse. El cansancio de la actividad mental hacía mella también en los hombres que como él parecían templados como el acero.

Checow seguía en el puesto de control observando el espacio, siempre igual, sin variantes. Un decorado eterno, azul siempre con el brillo lejano de las estrellas, tan lejos como la meta que les había sido asignada... Más allá de Plutón.

Había una extraña sonrisa en la mirada de Checow.

Pulsó un botón y la nave describió una parábola, cambiando de rumbo. En seguida una pantalla se iluminó para informar: —Rumbo equivocado, corrijan. Rumbo equivocado. Corrijan.

—No, amigo —repuso Checow—. Nada de corregir. El rumbo está bien aunque tú no puedes entenderlo.

—Rumbo equivocado. No manipulen mandos sin mi autorización. Corrijan rumbo.

—No lo has entendido, amigo —sonrió Checow y recalcó—: Tú no tienes la culpa, ¿sabes? Pero desde ahora vas a obedecerme a mí. Exclusivamente a mí... Y lo vas a hacer a partir de este instante.

Y al decirlo, Checow pulsó un botón y todas las pantallas dejaron

de transmitir.

Con un pequeño destornillador, Checowa aflojó algo mientras murmuraba:

—Bastará una leve operación. Muy pequeña y entonces yo seré tu dueño... Creo que iremos mejor —y siguió manipulando.

Ajeno a lo que ocurría en el puesto de control, Lanel continuaba dormido, igual que Marga, que igualmente vencida por el sueño, había perdido la noción de la realidad.

CAPITULO IX

Había transcurrido ya el primer año de vuelo. El paisaje seguía siendo el mismo, sólo variaba el grado de oscuridad. Sin que los cambios de luz pudieran catalogarse como los del planeta, sí se llegaba a establecer cuál era el día y cuál la noche en el espacio sin fin.

Durante el período que decidieron llamar día, el color azul perdía su intensidad para tomar una tonalidad celeste, casi turquesa. El firmamento podía compararse al que se ve desde la Tierra en el instante de romper el alba.

Luego en menos de una hora volvía a oscurecer para, en igual período de tiempo producirse aquel incompleto amanecer de nuevo.

En un día terrestre, a bordo de la nave transcurrían doce días y doce noches, pero gracias a los relojes sincronizados con el general electrónico que regulaba los demás, ellos —los tres ocupantes de la nave— seguían midiendo el tiempo como lo hacían en la tierra.

—Trescientos sesenta y siete días —murmuró Lanel—. Y hasta ahora el «cerebro» no ha resaltado nada que justifique el viaje hasta aquí. Esperemos que adelante surjan cosas más interesantes.

—Seguro que sí —murmuró Checow, que acababa de soltar los mandos para cederle el puesto a Lanel.

—¿Es otro de tus presentimientos? —inquirió Lanel.

No le hablaba con aquel tono glacial de los primeros días de vuelo, pero le costaba admitirle como si fuera realmente un verdadero amigo. No obstante, la tirantez, en lo aparente, se había suavizado bastante.

—Bueno —sonrió Checow—, supongo que no eres de los que creen que la Tierra es lo más perfecto que existe.

—¿Quién llegó a creer alguna vez semejante tontería?

—Hay cosas maravillosas, Lanel —y recalcó—. Auténticamente maravillosas, pero hay que saber encontrarlas en medio de un espacio que no tiene fin. Hay pocos que comprendan esto... El espacio no se acaba nunca. Es ilimitado. Algo imposible de concebir para una mentalidad mediana... Algo que no empieza ni termina nunca. Si nosotros fuésemos eternos y pudiéramos viajar siempre, siempre a través de las galaxias, vagaríamos siempre por el espacio sin encontrar jamás el final de nuestro viaje... Pero hay que preservarse —añadió cambiando de tono—. Y como no somos eternos como el espacio, nos conviene hibernar. Creo que es el momento de poner a prueba el descubrimiento. Yo empezaré. ¿Te parece, Lanel?

—Bueno, hazlo.

—Intentémoslo primero para un año. ¿No?

—¿No es mucho tiempo?

—¿Por qué? El viaje es largo y la nave funciona automáticamente. Si hay alguna dificultad y crees que no puedes resolverla tú solo, no tienes más que despertarme.

Lanel asintió y poco después, Checow utilizaba uno de aquellos extraños ataúdes de cristal, cuyos aparatos para su funcionamiento podían manipularse desde el interior.

Checow, una vez dentro cerró la tapa acristalada y sonrió:

—Existen sistemas mejores, pero a falta de ellos... veremos qué tal funciona. Buenas noches. No me despiertes hasta... el año que viene. A menos que sea necesario.

—¡Un momento! ¿Dónde has visto tú aparatos mejores para hibernar? —inquirió Lanel.

Checow murmuró: —Es un decir... Un presentimiento... ¡Ah! No olvides tomarte las píldoras para descansar. Buenas noches _y cerró definitivamente.

A través del cristal, tanto Lanel como Marga le vieron manipular los aparatos, luego Checow cerró los ojos.

—¿Ya duerme? —preguntó ella.

—Sí. Supongo que sí.

—¿Nada puede despertarle?

—En absoluto. Es insensible a todos los ruidos, pero habrá que vigilarle.

—¿Cómo?

Lanel mostró a la muchacha lo que llamaban «termómetro de aire».

—No puede entrar aire dentro de la cabina. Sería fatal. Se puede comprobar también desde el puesto de mando. Voy allí. ¿Quieres una píldora?

—No. No estoy cansada. Quiero hacer algo.

—Aquí hay poco que hacer. Ya lo ves.

—¿Sabes? Cuando estudiaba todo eso me parecía más difícil. Luego comprendí que podría hacerlo igualmente. Sin embargo, en la práctica veo que incluso es mucho más fácil...

—Si todo va bien, sí.

—Déjame ir contigo arriba.

—Bueno. Sube —dijo Lanel, observando el «termómetro de aire» por última vez.

Se instalaron en los dos sillones situados frente al visor y al lado del pupitre del «cerebro».

Tras un silencio ella comentó:

—¿Qué ha querido decir Checow con esto de que existen cabinas

de hibernación con sistemas mejores?

Lanel alzó los hombros.

—No sé. Cosas tuyas. Le ha dado por hacerse el interesante.

—Lanel... Esas cabinas, son a prueba de sonidos, ¿verdad?

—Totalmente.

—Cuando le has hablado por última vez, él te ha oído. ¿Te has dado cuenta?

-¿Eh? —Que Checowa te ha oído. Y tenía la tapa cerrada. ¡La tenía cerrada!

Lanel frunció el entrecejo y cambió una larga mirada con su novia, pero no contestó.

CAPITULO X

El reloj general de la nave señaló el día y la hora.

—Hoy se cumple el año —dijo Marga.

—Sí. Es hora de despertar al durmiente —repuso Lanel.

—¿Consultas al «cerebro»? —inquirió ella.

—No. Conozco bien lo que hay que hacer. Se manipula la abertura de la tapa de la cabina desde abajo. Es todo.

—¿Pero no sería mejor que consultaras? —insistió ella.

—Bueno. Hagamos las cosas bien.

Una vez más no parecía demasiado de acuerdo en tener que consultar con un cerebro mecánico, pero lo hizo.

Pulsó rutinariamente un botón y en la pantalla correspondiente aparecieron las letras que le hicieron fruncir el ceño.

—¡Pero qué diablos...! —empezó.

También Marga podía ver lo que aparecía escrito:

«No abra la cabina. No la abra hasta recibir instrucciones.»

—Esto no debe funcionar...

Pulsó otro botón y los datos que obtuvo le parecieron correctos. Manipuló por segunda vez el que correspondía a las instrucciones de la cabina y de nuevo apareció la misma advertencia: «No abra la cabina. No la abra hasta recibir instrucciones.»

—¿Por qué diablos no puedo abrir?

Tomó una de las cartulinas y formuló una pregunta por el sistema de taladros.

El cerebro contestó:

«Peligra la vida de quien está hibernando si abre la cabina.»

Exigió nuevas explicaciones, pero ya no obtuvo respuesta.

—¡Esto no es posible! ¡Que me dé una explicación más concreta!

Ella sonrió.

—No te esfuerces. No es ningún ser humano, pero supongo que no pensarás desobedecerle...

—Algo tiene que ir mal... —Lanel vaciló.

Pulsó de nuevo el botón y apareció otro escrito:

«Deje conectado el botón para la consulta. Se indicará el momento oportuno en que pueda ser abierta la cabina.»

Las palabras luminosas recorrieron la pantalla en forma de tira continua un par de veces más.

—Bien. Estamos en manos de eso... —murmuró Lanel de mal talante.

—Pero todo funciona bien, ¿no?

—Hasta el momento, sí.

Tras unos instantes de vacilación, pulsó el botón para la comprobación de la ruta.

Las letras indicaron unos guarismos correspondientes al sistema de coordenadas.

Lanel consultó con la pantalla de las coordenadas y la ruta resultó ser exacta. El planeta Plutón aparecía lejos. Muy lejos aún. A pesar de la increíble velocidad faltaban todavía muchos años para llegar a su destino.

Lanel consultó entonces un plano manual y observó distraídamente la línea que la nave tenía que describir hasta llegar a Plutón.

—¡Un momento! —exclamó como si expresara en voz alta un pensamiento.

Algo le había llamado la atención.

Colocó el plano manual de material transparente frente a la pantalla de coordenadas del «cerebro». Lógicamente la línea trazada en el plano manual debía coincidir con la aparecida en la pantalla.

—Estamos aquí —dijo comprobando el hipotético lugar que la nave ocupaba en el espacio y marcó un punto en el lugar correspondiente.

Marga miraba interesada las manipulaciones de Lanel, que intentaba centrar el plano para que coincidiera con el dibujo aparecido en la pantalla.

No lo consiguió.

—Algo va mal. Esta no es la ruta exacta. Hay un ligero desvío. Es... casi insignificante, pero hay un desvío.

Sacó el plano que dejó sobre el pupitre y accionó otro botón.

En la pantalla apareció la respuesta.

«Ruta correcta. Todo en orden.»

—¡Esta no es la ruta correcta! —exclamó Lanel, y pulsó otro botón para saber la «opinión» del «cerebro».

—No hay respuesta. La ruta es correcta.

—¡No, no es correcta, sabihondo! En la Tierra se tardaron años para preparar ese plano... Y tú, maldito cacharro de acero, fuiste concienzudamente programado. Así es que no discutas...

Formuló la pregunta en regla y el «cerebro» como un eco de sus propias respuestas volvió a anotar en la pantalla: «Ruta correcta. Todo en orden.»

—¿Te das cuenta? Es como una cotorra. Sólo sabe repetir lo que le han enseñado.

—Es lógico. ¿Qué esperabas?

—El profesor Carpentier dijo que ese «cerebro» era algo excepcional. ¿Por qué no contesta? ¡Se ha equivocado de ruta! ¡Algo falla! Intentaré el control manual.

—¿Crees que es correcto?

—Yo soy una persona, no una máquina. Suponte que esto se ha estropeado... Un tornillo flojo, una tuerca que se ha caído... Cualquiera cosa de nada puede producir el fallo sin que «él» lo advierta.

—Mi padre trabajaba en la fábrica donde fue construido —replicó Marga, refiriéndose al «cerebro»—. El también dijo que era el modelo mejor que había salido de allí.

—Pero el mejor de los modelos puede tener fallos, ¿no? ¡Ya sé! Cuando estuvimos a punto de chocar con el meteoro. Entonces pasamos un buen rato bailando... Quizá... Esto es, quizá desde entonces llevamos la ruta equivocada. ¡Dos años en el espacio para seguir un camino distinto! ¡Un viaje sin retorno para nada!

Se levantó de un salto y se dirigió a la parte lateral, donde estaba una de las tapas del «cerebro».

—Yo no lo tocaría, Lanel. Al menos espera que Checow dé su opinión.

—¿Checow? ¿Qué te pasa, Marga? ¿Es que no tienes suficiente confianza en mí?

—Sólo lo decía por...

—Escucha, Marga. La presencia de Checow me la han impuesto. Yo no pedí que me acompañara. Las últimas órdenes fueron concretas. Cuando uno hiberna el otro es el único responsable... Y además, soy bastante mayorcito para tomar mis propias decisiones.

Lanel hablaba fuerte, molesto por la observación de Marga; molesto porque ella había mencionado a Checow.

—Perdona, Lanel —musitó ella—. Sólo pensé que...

—No me importa lo que pienses. Si no estuvieras aquí haría igualmente lo que voy a hacer.

—Comprendo. Ha sido una tontería que dijera esto. Lo siento.

El lanzó un suspiro. Se daba perfecta cuenta de que había levantado la voz injustamente.

—No... Quien lo siente soy yo. Disculpa. Me he puesto nervioso, eso es todo. No tenía ningún derecho a hablarte así.

Ella sonrió aceptando las disculpas del piloto.

—Algo va mal, ¿sabes? —añadió Lanel—. Y hay que averiguarlo... Si no existe ninguna posibilidad de volver, al menos hagamos que el viaje sea provechoso para los de la Tierra.

—Sí.

—Si sigo las instrucciones del «cerebro» no puedo despertar a Checow. Bien, es lógico, pues que intente averiguar lo que ocurre. Avanzamos muy de prisa... Cada instante cuenta. Si nos hemos desviado demasiado, puede que ya no sea posible corregir el rumbo.

Se acercó un poco más a ella y la atrajo hacia sí. El beso fue inevitable.

Después de una eternidad ella murmuró:

—Ahora pienso que hubiera sido maravilloso formar un hogar sin preocupaciones. Vivir como tantas otras parejas...

—Sí lo hubiera sido.

—Pero estamos juntos igualmente.

—¿Qué importa dónde, verdad? —sonrió él, para besarla de nuevo otra vez.

—Sí, querido. ¡Qué importa dónde!

La técnica había quedado en segundo término. En aquellos momentos para Lanel lo más importante era el amor.

—Querías desmontar el «cerebro», ¿no? —sonrió ella.

—Bueno, que espere. Si ya han pasado dos años, no vendrá de unas horas más.

Y en el primer compartimiento de la nave se hizo el más absoluto de los silencios porque a menudo el amor no necesita de palabras para expresarse.

En aquellos momentos, los dos cosmonautas eran simplemente un hombre y una mujer...

*

Habían transcurrido sólo unas horas y en los rostros de ambos se dibujaba la felicidad.

Durante aquel tiempo habían perdido la noción de

la realidad. Sólo existían ellos dos. Ellos dos y el espacio, que les envolvía en silencio.

—Un panorama inédito para amar —murmuró él, ajustándose la cremallera vegetal de seguridad de su cazadora.

Miró un momento a través del visor. El panorama era el mismo de siempre.

De pronto surgió un extraño resplandor.

—¡Qué es esto! —exclamó Marga.

Una luz brillante, cegadora, emergió de algún lugar remoto. Imposible de precisar.

Una ligera ojeada le bastó a Lanel para comprobar el notable aumento de la temperatura exterior.

—Es como si de pronto hubiera salido el sol —añadió ella.

Lanel permanecía atento al termómetro, que seguía sumando grados.

La luminosidad extraordinaria parecía haber alcanzado su punto máximo y se hallaba estabilizada, pero el termómetro seguía subiendo, subiendo.

—Ciento cinco grados centígrados —murmuró ella.

—Sí...

—Parece que no aumenta.

El termómetro detuvo su marcha ascendente. La luminosidad continuaba. Lanel accionó la palanca para que descendiera por debajo del cristal especial del visor otro contra las radiaciones. Inmediatamente la luz dejó de cegar.

—Nos hallamos ante un nuevo Sol —murmuró ella—. Eso debe ser.

—No es posible. Seguimos en nuestra propia galaxia. A dos años de la tierra, de existir otro astro como el Sol hubiéramos recibido su luz.

—Consulta al «cerebro».

—Ese condenado chisme... —lo pulsó de mala gana.

En la pantalla correspondiente apareció la cantinela escrita de siempre:

«Ruta normal. Todo correcto.»

Manipuló Lanel algunos mandos para efectuar la pregunta correspondiente y en otra pantalla apareció la respuesta.

«Sol, Sol, Sol.»

—¡El Sol! ¡Es el Sol! —exclamó Marga.

—¡Cuando digo que algo falla...! —murmuró Lanel.

«Distancia mínima entre la nave y el Sol. No existe peligro», explicó el «cerebro».

—¿Te convences cómo a eso le falta un tornillo? —bromeó el piloto en son de reproche.

Viendo que el termómetro seguía invariable a la temperatura de ciento cinco grados añadió:

—Nuestra ruta es completamente opuesta. Plutón sigue siendo desde 1930 en que un tipo llamado Percival Lowell habló de él por primera vez, el último planeta de nuestra galaxia, y el más distante del Sol. Me lo sé de memoria, querida... Su diámetro aproximadamente la mitad que el de la Tierra, la posibilidad de que sólo consista en una masa completamente helada, o sea que los gases oxígeno y nitrógeno es probable que se hallen en estado sólido. Su temperatura es la del cero absoluto. ¡Absoluto! —recalcó—. ¿Comprendes? ¿Qué diablos hace pues el Sol en nuestro camino? Esto tiene que tener un error. Y voy a averiguarlo de una vez.

Tomó uno de los destornilladores corrientes y comenzó a manipular en la tabla metálica lateral del «cerebro».

Entonces surgió la voz de Checow:

—¿Qué vas a hacer? ¡Deja eso! —dijo en tono enérgico.

Lanel y la muchacha se volvieron hacia el hueco de la escalera. Checow estaba allí. Intacto, tal como un año antes entrara en el hibernador.

En la pantalla correspondiente había aparecido el aviso:

«Puede abrirse la cabina de hibernación. Pasó el peligro.»

La luminosidad había bajado ligeramente y la temperatura se situó en 60" centígrados.

Los dos hombres seguían mirándose fijamente.

CAPITULO XI

—¿Qué diablos hiciste al «cerebro», Checow? ¡Vamos, habla ya! —exigió Lanel.

—¿No me das los buenos días primero? ¡Vamos, Lanel! Todo marcha perfectamente.

—No marcha perfectamente... Y tú sabes algo de esto. Te dejé solo demasiado tiempo en los mandos.

—En esta aventura estamos embarcados los dos, ¿no? Bueno, los tres... Vamos a correr la misma suerte y te aseguro que no tengo el menor deseo de morir... antes de tiempo.

Lanel se había aproximado a Checow y le miraba desafiante.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Yo nada. Seguir tranquilo. Anda, ve a hibernar. Ahora te toca a ti. Yo ya he probado y ya ves los resultados.

—Antes quiero saber la verdad.

—¿Pero qué verdad?

—Tú hiciste algo... No seguimos la ruta normal. Ni siquiera te ha extrañado ver la luz del Sol.

—En absoluto.

—Incluso calculaste el tiempo...

Checow sonrió:

—Más o menos. Podía equivocarme.

Lanel ya no aguantó más. Su puño derecho describió un semicírculo rápido, tajante y fue a chocar contra la mandíbula de su compañero.

Checow retrocedió impulsado por el golpe y fue a chocar contra una de las paredes de la nave.

—¡No! —exclamó Marga, tratando de suavizar la cuestión.

Checow se incorporó, pasándose la mano por la barbilla.

—Déjale, Marga... Lo estaba deseando desde hace... un par de años. Ahora estamos en paz, ¿no?

—¡No! —exclamó Lanel apretando los puños amenazador.

Avanzó como si quisiera golpear de nuevo a Checow, pero éste levantó una mano y atajó a su compañero diciendo: —Cuidado, amigo... Hace poco tú ibas a «arreglar» el cerebro por tu cuenta sin consultarme, ¿no?

—Porque va mal.

—Pero podías esperar y no lo hiciste...

Marga intervino:

—Fue el «cerebro» quien dijo que no le despertáramos. Tu vida hubiese corrido peligro.

—Es extraño que le hubieras obedecido, Lanel —repuso sarcástico Checow—. Nunca tendrás una ocasión mejor para librarte de mí.

—Basta, dejad ya de pelearos —intervino nuevamente la muchacha—. Las cosas se pueden discutir pacíficamente.

—No siempre es fácil discutir pacíficamente con Lanel —repuso Checow, calmosamente.

—No me gusta que nadie obre por su cuenta.

—¡Tú ibas a hacerlo!

—Para arreglar el «cerebro». No para variarlo a mi antojo.

—Voy a sacarte de dudas, Lanel. Yo lo arreglé hace ya bastante tiempo. Mucho tiempo.

—Entonces... ¿Lo confiesas?

—Contesto lo que preguntas. Rectifiqué lo que estaba mal. ¿Te satisface saberlo?

—¡Pero...! ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Qué diablos sabes tú de «cerebros»?

—Bastante, te lo aseguro.

—Lanel —adujo Marga, interviniendo una vez más—. Checow estuvo durante algún tiempo con mi padre...

—Sí. Sé que anduvo de ayudante, pero que yo sepa, no sobresalió en nada. Si quería hacer sus propios experimentos, allá él, pero no en esta nave. ¡Ha desviado el rumbo!

—No lo he desviado, exactamente —rectificó Checow.

—Entonces, ¿qué hacemos pisando prácticamente la corona solar?

—Crees saberlo todo sobre Plutón, ¿verdad?

—Todo lo conocido por lo menos.

—No sabes nada... ¿Qué diablos podéis saber de un planeta que dista de la Tierra más de cinco mil millones de kilómetros?

—¿Tú sabes más? —inquirió siempre desafiante Lanel.

—No lo sé.

—Entonces...

—Escucha, Lanel. Según los científicos, la rotación de Plutón se realiza entre Epsilon y Gamma y llaman León a la constelación a que pertenecen.

—Sí.

—¿Sabes acaso dónde se encuentran ahora esas estrellas?

—Se sabe que varían lentamente. La diferencia puede traducirse en unos...

—¡No importa! —cortó Checow—. No importa los años. Aquí no importa el tiempo para nada... Lo único que debes meterte en la cabeza es que Plutón puede no ser el planeta que depende del sistema solar.

—Ya se ha apuntado esa posibilidad. Cabe pensar que se trate de un planeta errante. Todavía no existen datos concretos.

—Sí existen, Lanel. Uno muy concreto. La órbita extraordinariamente excéntrica que describe alrededor del Sol —y tras un silencio añadió gravemente—: Vamos a tratar de tomar un atajo —sonrió—. Lo digo así para que me entiendas. En serio, Lanel, intentaremos ganar tiempo al tiempo y llegar antes... por otro camino. Es cuestión de suerte. Pero creo que podemos conseguirlo.

Se hizo un silencio. Lanel volvió sus ojos hacia el destornillador que seguía sobre el pupitre. Checow pareció adivinar sus pensamientos y negó con la cabeza: —No, Lanel. No lo toques. Ahora me obedece a mí. Es mejor.

*

Lanel y Marga se hallaban juntos en la segunda sección.

El permanecía pensativo.

—Tengo que saber lo que trama —murmuró—. Ahora he dejado que se confíe, pero es necesario que sepa la nueva programación que ha efectuado.

—Haz lo que creas conveniente, Lanel, pero yo en tu lugar intentaría tener una conversación amistosa.

—¿Amistosa?

—Hasta ahora todo ha salido bien y él parece tan seguro...

—Demasiado seguro. Demasiado...

En el puesto de control, Checow efectuaba una rutinaria inspección comprobando el funcionamiento de todas las pantallas.

La temperatura exterior no había variado y la luz solar continuaba iluminando el espacio.

Entonces Checow sacó un pequeño artilugio. Algo parecido a un antiguo aparato de radio a transistores de tamaño súper reducido. El artefacto disponía de un único botón y Checow lo hizo girar hacia la derecha. En el ángulo superior derecho había una diminuta lucecita que se encendió. El color era rojo. Checow parecía que estaba intentando localizar algún sonido. No dio con él y accionó el botón al revés. Una voz metálica pronunció unas sílabas procedentes del alfabeto griego: «Xi-Omicrón-Omega-Ro-Sigma...»

—La onda está demasiado lejana —murmuró para sí Checow.

Cerró el aparato y lo guardó. Luego pareció concentrarse en sí mismo.

*

Las dudas de Lanel sobre el misterioso comportamiento de su compañero oficial de vuelo se hubiesen incrementado de haber podido saber lo que estaba ocurriendo en aquellos momentos en el

planeta Tierra.

El profesor Carpentier sostenía en sus manos la cartulina perforada que acababa de entregarle el padre de Marga.

—Comprenderá, profesor Carpentier, que desde que supe que mi hija estaba a bordo de la nave, estoy viviendo con la preocupación constante. Y más desde que ha variado la ruta...

—Su descubrimiento, amigo mío, ya no puede cambiar las cosas.

—No. Desgraciadamente he tardado demasiado tiempo en saber la verdad.

—Pero usted tuvo a Checow como ayudante.

—Durante muy poco tiempo. Fue en aquella época en que sucedían cosas en apariencia inexplicables. Pequeños sabotajes. Nada importante. Por contra, él parecía esmerarse... Confieso que alguna vez me ayudó bastante, pero jamás me dediqué a investigar sobre su persona. Estaba bastante atareado, y él en general se portaba bien. Nunca tuve pruebas de que hiciera nada indebido. Sin embargo, ahora... No sé...

—Tal vez no haya motivo para alarmarse. En la nave, según parece, todo va bien a pesar de ese cambio de rumbo. Pero lo que usted acaba de comprobar, puede explicar muchas cosas.

El padre de Marga guardó silencio y dejó que Carpentier dijera la última palabra.

—Amigo mío, creo que de momento, mejor será guardar absoluto secreto sobre su descubrimiento.

Y antes de que su compañero pudiera añadir algo, el propio Carpentier, murmuró:

—Sería un descrédito para nuestros servicios de información. Somos responsables ante el mundo entero. Todos confían en la capacidad de la Sociedad de Naciones. Hacer público esto... —y mostró la cartulina— podría... podría ponernos en evidencia. Al fin y al cabo, el fallo ha sido de todos.

—Pero ese hombre...

—Sí. Fue realmente un fallo dejarle ir. Es una lástima. Una lástima...

—Mi hija va en la nave. ¡Ojalá lo hubiese sabido antes!

—Pero ella ya había pedido con anterioridad hacer el viaje.

—Sí. Lo sé. Pero yo confiaba que desistiera.

—Estaba muy segura.

—Bien... Si me hubiese hecho a la idea... Comprenda, entonces todo hubiera sido distinto. Ahora está a merced de lo que pueda ocurrir. ¡Y con ese hombre a bordo!

—Cálmese, se lo ruego. Cálmese. Nada podemos hacer. Nada — murmuró Carpentier, pensativo.

CAPITULO XII

La luminosidad se había extinguido considerablemente en el espacio.

Lanel comprobó la evolución efectuada por la nave, y tuvo la evidencia de que los aceleradores habían sido modificados, por lo que la velocidad que desarrollaba era superior a la estipulada.

Lanel se aproximó un momento para comprobar que la conversación entre los dos estaba bastante arrancada.

Ella tenía la misión de entretenerle. Así mientras Checow estaba distraído hablando, Lanel podría comprobar los cambios introducidos en el mecanismo del «cerebro».

—Mi padre me había hablado bastante de ti —decía ella en aquellos momentos.

—Tu padre es un buen científico. Lástima que pierda el tiempo allá abajo. Tiene capacidad para... —se interrumpió y miró distraídamente hacia la escalera.

Ella llamó inmediatamente su atención.

—¿Qué quieres decir, Checow?

El seguía mirando la escalera.

—Has dicho que mi padre tiene capacidad... Esto ya lo sé. Es muy inteligente...

Checow dejó de mirar la escalera para volver a entrar de lleno en la conversación.

—Sí, Marga. Lo es... Bueno. Yo quería decir que en vez de fabricar artefactos como estos, podría... podría dejar esto para otros y él dedicarse a perfeccionar los sistemas de velocidad. Esta nave, por ejemplo, podría correr más de lo que corre. Él lo tenía muy en cuenta, pero ya era bastante trabajo realizar incluso los diseños con los elementos de que disponía.

—Pobre papá... Sé que a él no le gustaba que yo hiciera este viaje.

—En la vida del planeta todo es muy relativo, Marga. No existe el equilibrio justo para contentar a todos. Sin embargo, la institución de la familia... es lo mejor.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Es que tú no tienes familia?

El la miró largamente con aquella extraña sonrisa que unas veces tenía mucho de sarcástica, y otras de comprensiva, como si algo le hiciera estar por encima de los demás, o a veces se creyese el ser más desgraciado de la Creación.

—Hay cosas... —empezó él.

Lanel había dejado de escuchar y se afanaba en destornillar la

parte lateral del «cerebro».

Le llegaban de la parte media de la nave las voces de los dos.

Consiguió sacar la tabla y se encontró ante el sinfín de transistores, de cables, de resortes...

Había una palanca para girar la parte superior del pupitre, de modo que pudiera bascular hacia delante para su mejor manejo en el caso que hubiese que arreglar algo.

Para entender de aquello se necesitaban profundos conocimientos. Los de Lanel, con ser bastante extensos; no correspondían a los de un técnico especialista en la materia.

Mientras hacía unas comprobaciones como ensayo, Marga y Checow seguían hablando.

—Hay cosas difíciles de explicar para mí... En verdad yo nunca conocí a mi familia —decía Checow.

—¿De dónde procedes? —quiso saber ella.

A pesar de entretener al piloto por indicación de Lanel, sentía algo que convertía aquella conversación en materia interesante. Checow tenía algo de misterioso, de extraño, aunque sólo fuera algunas veces. Su semblante cambiaba a menudo, ora para tornarse súbitamente grave, ora para aparecer normal, pero nunca vulgar.

—Preguntar a un hombre de dónde procede, a más de dos años de distancia del planeta Tierra, es exponerse a que le contesten a uno: «Procedo de... del fin del mundo». ¿No te parece?

Ella sonrió.

—Bueno. Dadas las circunstancias, casi, casi —admitió.

Lanel continuaba afanándose. Sus manos ágiles desenroscando válvulas, quitaban tornillos, cambiaban hilos. El «cerebro» seguía funcionando. La pantalla de la ruta no había modificado en absoluto la línea que seguía por entre las coordenadas.

Ella tras reír algo que había dicho Checow cambió de tema:

—Antes dijiste que podría lograrse una nave más veloz. ¿Cómo de veloz?

—Por ejemplo, poder hacer ese mismo viaje a la velocidad que tarda la luz del Sol en recorrer todo el Sistema.

—Unas doce horas...

—A trescientos mil kilómetros por segundo.

—¿Crees que puede conseguirse?

—¿Por qué no?

—¿Y cuánto tardaríamos en realizar ese viaje?

—Puedes hacer tú misma el cálculo, partiendo de la base que la distancia media de la Tierra a Plutón es de unos 5.200 millones de kilómetros, kilómetro más o menos.

—¿Y qué hay allí, Checow?

—¿Por qué crees que yo puedo saberlo?

Ahora Checow volvía a mirarla de una forma extraña.

—No sé. He hecho una pregunta tonta...

En la planta de mando, Lanel había descubierto algo.

—Aquí es —musitó, hablando consigo mismo—. Aquí está la variación. Debo ver el modo de poder variar si el caso lo requiere... No voy a bailar al son que toque Checow...

En aquel instante el aparato produjo un extraño gruñido. De uno de los altavoces surgió un chirrido. Lanel trató de acallarlo, pero ya era tarde.

Checow se había puesto en pie y avanzó hacia la escalera.

—¡Al fin lo ha logrado! —exclamó.

—¡Checow! —exclamó ella.

—No me molesta que me hayas entretenido mientras él andaba desmontando el «cerebro» —murmuró—. Ha sido muy agradable hablar contigo... Pero ahora ha tocado algo que no debía.

—Tú... lo sabías —murmuró ella.

Checow no contestó. Se limitó a sonreír y subió rápidamente la escalera.

Lanel se volvió.

—Pon el cable azul junto a la segunda válvula —dijo Checow.

—Conoces muy bien esto, ¿verdad?

—Más o menos como tú. Anda, ponlo si no quieres cargarte el trasto este... Supongo que ahora ya estarás satisfecho.

—No del todo.

Checow se aproximó.

—No me importa que lo sepas, Lanel. A mí puede ocurrirme cualquier cosa. No soy... no soy inmortal —lanzó un suspiro y dio la sensación de sentir una punzada porque se llevó la mano hacia el pecho.

Lanel le observaba.

—Bueno, no te quedes ahí. Te lo hubiera explicado todo... Pero eres demasiado impulsivo.

—Explícamelo ahora...

—No hay tiempo, Lanel, y no me encuentro bien.

Buscó en uno de los bolsillos y extrajo una píldora, que se llevó rápidamente a la boca. Se aproximó a uno de los sillones y se sentó.

—¿Qué te ocurre?

—¿No has tenido nunca un desvanecimiento? Anda, arregla esto...

—¿Dónde vamos exactamente, Checow?

Tras un silencio el aludido repuso:

—A Plutón, desde luego.

—¿A ningún sitio más?

Otra pausa para que Checow aclarara:

—Tenemos reservas para hacer algunas exploraciones. Bien... He

pensado que en la Tierra, si lo que les importa es conocer datos que valgan la pena, podríamos... podríamos... —se desvaneció por completo.

Lanel se aproximó y buscó su pulso. No latía en absoluto. Palpó su corazón con idéntico resultado.

Marga asomó por el hueco de la escalera.

—¡Trae el botiquín!

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. De pronto se ha desvanecido.

Ella llegaba ya con el botiquín.

—El reactivador cardíaco. Hay que inyectarle.

—Yo lo haré —se ofreció ella.

Un instante después la aguja se clavaba en el tejido subcutáneo de Checow.

—Intravenosa —dijo Lanel, señalando los inyectables preparados y dispuestos para aplicar.

La muchacha oprimió el brazo de Checow para hacer resaltar las venas.

—Las tiene muy hundidas. No las encuentro —dijo forzando.

—Sujétale. Le pondré una goma.

—Mira —indicó ella al ver que Checow comenzaba a moverse.

Sonrió débilmente.

—No —musitó tras un jadeo—. No necesito inyectables... Hacedme un favor... Es... —le costaba trabajo hablar.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—No es nada si llego a tiempo.

—¿Te ha sucedido otras veces? —preguntó Lanel.

—Hace ya mucho tiempo. Debí haberme cuidado...

—Sin embargo, tu examen médico resultó perfecto. No te hubieran aceptado. Puede que se trate de algo relacionado con...

—No te esfuerces, Lanel. No es ningún mal producto del viaje. Vamos, desconecta el «cerebro»... Es el cable rojo. El rojo y el azul. Es muy simple.

—¿Que desconecte el «cerebro»? —preguntó Lanel.

—A ti nunca te fue simpático, ¿no?

—Checow, basta de bromas. Tú me pides, todo... Y estamos bajo su control. Si lo desconecto flotaremos, perderemos el rumbo... ¿O es esto lo que deseas? ¿No te bastó con cambiarlo tú mismo?

—Cálmate, Lanel. Está enfermo —intervino ella.

Cecow se inclinó hacia adelante como si le costara trabajo mantenerse erguido.

—Ahora no tengo tiempo de explicar nada... De veras... —se irguió de pronto y su mano derecha apareció armada con la pequeña pistola de láser.

—¡Maldita sea! Todo era una comedia... —barbotó Lanel.

—No. No es ninguna comedia —repuso Checow entre jadeos—. Pero es necesario para que yo sobreviva... Id hacia los hibernaderos... ¡Vamos! ¡Moveos de prisa!

Lanel dudó y la firmeza con que empuñaba el arma le hizo comprender que su compañero estaba dispuesto a usarla.

—No quiero haceros daño. Comprendedlo... No quiero haceros daño, pero tengo... tengo que hacer algo. Seguid... Tú también, Marga. No sufrirás en el hibernador. Ya sabes que lo he probado. El tiempo no cuenta en absoluto. Cuando despertéis, sentiréis como si sólo hubieseis tenido un sueño normal, corto pero reparador. ¡De prisa! —insistió.

Lanel obedeció protegiendo con su propio cuerpo el de Marga.

Bajaron la escalera. Checow seguía detrás encañonándoles.

Después ambos se metieron cada uno en una urna.

Una vez cerradas, el propio Checow manipuló los mandos exteriores.

La pareja se había quedado dormida.

El «termómetro del aire», indicaba que el cierre era correcto.

Checow lanzó un suspiro y murmuró, hablando para sí:

—No me queda mucho tiempo.

CAPITULO XIII

Lo que hizo Checow á continuación fue algo que hubiera llenado de asombro a cualquier humano del planeta Tierra.

En la parte superior de la nave desconectó primero los dos cables que paralizaban por completo el «cerebro».

La nave experimentó una ligera vibración. .

Vista del exterior semejava un meteoro flotando por la inercia. Había perdido la velocidad y vagaba sin control de ninguna clase.

Checow colocó uno de los sillones en su forma reclinada y se tumbó en él.

Tenía los cables en la mano y con la otra se abrió la cazadora, echándose para arriba la camiseta.

Entre la última prenda y la piel llevaba un extraño aparato, extraño y simple a la vez. Era como unos tirantes tiroleses, en cuya parte delantera —la que unía las dos verticales—, se encontraban unos pequeños orificios.

Checow aplicó uno de los cables en el orificio de la derecha, a modo de clavija, e hizo con el segundo cable lo mismo aplicándolo al otro orificio.

Alargó la mano y tiró de un tercer cordón del que sacó parte del blindaje y seguidamente lo pasó por debajo de la pieza delantera de los tirantes, introduciéndolo en algún lugar en el que quedó sujeto.

Al alcance de su mano tenía una palanca del cuadro de mandos, ajena al pupitre del «cerebro». La impulsó hacia abajo para darle contacto.

Miles de voltios se pusieron en movimiento. Checow se puso rígido, como un antiguo ejecutado en la silla eléctrica al recibir la primera descarga. Luego sus miembros parecieron distenderse y poco a poco su actitud era la de un extraño reposo.

La nave seguía flotando sin rumbo en el espacio.

*

El reloj había medido el tiempo. Veinte fueron los minutos que transcurrieron antes de que Checow volviera a recobrar la lucidez.

Rápidamente se quitó los hilos que a modo de clavija trifásica había llevado unidos a los tirantes. Se colocó la ropa, y haciendo alarde de una gran agilidad colocó nuevamente los hilos en su sitio. Observó que todo estaba en orden, de modo especial las conexiones relativas a la pantalla de las coordenadas.

Antes de volver a poner la tabla, se aseguró que todo marchaba

perfectamente.

—Lo siento —murmuró—. Veinte minutos puede equivaler a una gran distancia. Esperemos que no.

Con todo en su sitio y el «cerebro» cerrado, se sentó ante el pupitre y esperó la respuesta que había formulado al «cerebro» para conocer el grado de desviación.

Obtuvo la respuesta por medio de unos guarismos y murmuró:

—Menos mal. Ha habido suerte.

Luego se fijó en las coordenadas.

En la pantalla se anunció el «retroceso» durante el tiempo en que la nave vagó sin rumbo.

—Tampoco es mucho. Lo recuperaremos. Hay que dar mayor velocidad...

Observó el mando colocado a tope.

—Bueno. Esto también se puede arreglar... Y es mejor hacerlo mientras los otros duermen.

Comenzó a manipular.

En el hibernador, tanto Lanel como Marga seguían completamente ajenos a lo que sucedía.

Y en la Tierra...

El profesor Carpentier junto con su colega, se hallaban ante el jefe supremo de la base espacial de la Sociedad de Naciones.

—Hemos creído prudente guardar el secreto. No obstante, usted debe saberlo para que haga lo que juzgue oportuno.

Tras las palabras de Carpentier, el jefe quiso saber de qué se trataba.

El profesor le pasó la cartulina perforada.

—Estos son los datos del piloto Checow. Al profesor le ha costado bastante reunirlos. El resto lo ha hecho la computadora. Pertenece a la serie de la que va en la nave.

—¿Por qué se ha tomado tanta molestia? —preguntó el jefe supremo.

—Por mi hija, señor.

—Comprendo...

—Lo hice a raíz de haber descubierto unos extraños apuntes en mi laboratorio. No coincidían con ninguna de las claves que utilizo, pero la forma de estar redactados me era familiar... Pertenecían a Checow. Ello me impulsó a investigar. Fue como una corazonada.

—Veamos esa cartulina.

Observó los datos registrados y frunció el entrecejo.

—¿Lo ha comprobado, profesor? —inquirió el jefe.

—Sí, señor. Estoy seguro.

—No puede ser. Debe de haber algún error.

—Compruébelo usted mismo. Los datos están ahí. Que hagan una

copia y utilicen otra computadora, verá como el resultado es el mismo. Yo he querido utilizar la más moderna... Créame, he hecho muchas pruebas.

—Es inaudito. Ha hecho bien en mantener el secreto, Carpentier. Y usted, profesor, le ruego que hasta nueva orden no diga nada.

—No, señor.

—Primero hay que estar completamente seguros... —y tras un silencio el jefe supremo añadió—: Es fantástico, increíble.

Se hizo un silencio.

—¿Cuáles son las últimas noticias del vuelo? —preguntó el padre de Marga.

El jefe seguía con los ojos puestos en las perforaciones. Distraídamente respondió.

—Todo en orden... Se produjo un fallo de veinte minutos, pero me comunicaron que había reemprendido la órbita. Bueno, la nueva órbita, porque como saben, se desvió, pero desde entonces sigue fiel a la nueva ruta de acuerdo con las coordenadas. Es como si la hubiesen variado de modo expreso.

Calló al escuchar sus propias palabras y repitió con una exclamación:

—¡Como si la hubiesen cambiado de modo expreso!

Carpentier asintió:

—Sí, señor. Es lo que cree mi colega.

—Entonces todo podría tener una explicación —y agitó la cartulina.

—La tiene. Con Checowa a bordo la tiene —insistió el padre de Marga.

—¡Increíble! ¡Checowa! ¡Quién lo hubiera dicho! Ha estado entre nosotros... Y, sin embargo, «no es de los nuestros».

Tras otro silencio concluyó:

—Según esta tarjeta, no pertenece a nuestro mundo. Es un desconocido... Un ser de... Dios sabe dónde...

CAPITULO XIV

Los años terrestres se iban sucediendo.

La nave proseguía el rumbo bajo la experta vigilancia de Checow.

Dos, tres, cuatro, cinco años.

La monotonía imperaba en el interior de la nave.

Para Lanel y Marga el tiempo se había paralizado porque seguían en los respectivos hibernadores.

El reloj seguía marcando implacable el paso del tiempo. En el espacio la oscuridad había vuelto a adueñarse de todo hasta allá donde era posible abarcar con la mirada.

Seis años...

En la Tierra se recibían los datos del vuelo. Se seguía la trayectoria. Cada incidencia había sido registrada. Nada importante por cuanto a excepción del frustrado choque con el meteoro todo había sido rutinario, nada nuevo para los técnicos, acaso comprobar la temperatura y ese cambio de rumbo que les había aproximado al Sol.

Se descubrió posteriormente que aquel cambio de ruta había favorecido mucho porque en verdad se acortaban distancias, ya que prácticamente se «salía» al encuentro de Plutón en su lejana órbita en derredor del Sol.

Otra cosa habían descubierto los científicos: velocidad.

No parecía posible, sin embargo, el vehículo la había doblado.

Alguien comentó:

—Van a acortar más de la mitad del tiempo. Es inexplicable.

Pero en el espacio en pleno siglo XXI de la Era Cristiana seguían existiendo muchas cosas inexplicables.

Y un año más.

Y otro.

Cuando se cumplía el onceavo años de viaje, el pequeño artillugio de Checow, aquel diminuto aparato en forma de antiguo transistor, funcionó del modo que parecía haber estado esperando largo tiempo.

Comprobó la frecuencia de ondas y sonrió levemente.

—¡Ahora! —murmuró, lanzando un suspiro.

Dio la vuelta al botón y la voz metálica informó con el alfabeto griego:

«Omega-Ro-Sigma Tau.»

—Cuatro —murmuró Checow, y añadió en voz alta—: Omega-Ro-Sigma. Omega-Ro-Sigma.

La voz repitió sus propias palabras.

Cerró con expresión jubilosa y palmeó el pupitre.

—Te has portado bien. Esto funciona. Veamos... Ahora tengo que poner mucha atención.

Pulsó un botón para desconectar momentáneamente el mando automático y manipuló el manual.

—Tengo que comprobar algo, ¿sabes? No te enfades, «cerebro». Eres mejor de lo que pensaba. Un poco anticuado, pero has hecho lo que debías.

La nave durante unos minutos funcionó manualmente. Checow comprobó la ingravidez.

Ninguna fuerza atraía el vehículo espacial.

—No —murmuró Checow—. Aún es pronto. Bueno... Es el momento de despertar a los durmientes.

Bajó hacia la tercera sección y accionó los mandos.

Poco después las respectivas tapas acristaladas de las urnas se levantaban para dejar salir a Marga y a Lanel.

El hombre parpadeó. Miró un momento a Checow y consultó el reloj.

—¡Once años!

—¿Eh? —murmuró ella, incrédula, consultando también su reloj-calendario.

—¡Checow...! Te has pasado —empezó Lanel.

—Un momento, amigos. Necesitabais estar en forma. Estos once años no han transcurrido para vosotros. No sé cómo reaccionarán vuestros cuerpos aquí... Pero el gran momento se acerca.

—¿Plutón? —empezó ella.

—Plutón no está lejos. Ahora nos acercamos a otro lugar... Es mejor que nos acomodemos arriba. Es el momento de haceros una revelación.

Le siguieron.

Poco después los tres se sentaban en los sillones de mando. Mientras hablaba, Checow lanzaba miradas a través del visor. A lo lejos se vislumbraba como la luz de un rayo, muy atenuada y lejana aún.

*

Marga y Lanel habían permanecido en silencio, dejando que Checow hablara.

Cuando hizo la primera pausa, Lanel comentó:

—De modo que no perteneces al planeta Tierra. Has vivido con nosotros, sin que nadie se dé cuenta. Tu cuerpo es idéntico al nuestro y nadie ha advertido que procedes de otro mundo —y Lanel cambió una mirada con Marga, un tanto escéptico.

—Mi cuerpo tiene muchos puntos de semejanza con el vuestro. En

lo exterior. Pero el sistema es distinto. Tiene la ventaja que puede amoldarse a otros modos de vida... Bueno, al menos creo que yo he sido el único que ha podido comprobarlo.

—No encontré sus venas cuando iba a inyectarle —recordó ella, como si aquello acabara de suceder

—Los vasos sanguíneos de los humanos de la tierra son distintos. Nuestro tipo de sangre es otra, pero esto nos llevaría tiempo y ahora no queda mucho.

—Si es verdad todo esto que dices —atajó Lanel—, ¿por qué no hablaste antes?

—¿Cómo podía hacerlo? Lo intenté una vez, pero estabas demasiado excitado. Luego lo pensé mejor... Si te hubiera dicho que pensaba cambiar el rumbo te habrías negado. Así lo demostraste. Si te hubiera dicho que pretendía regresar a mi planeta, seguramente también te hubieses negado. He aprendido algunas cosas de la Tierra. La desconfianza entre los hombres. No se puede ser sincero... Yo ya traté de serlo una vez.

—¿Cuándo? —preguntó Lanel.

—¿Dijiste a alguien que no eras un terrícola? —adujo Marga a su vez.

—Sí.

—¿A quién? —preguntó Lanel.

—No importa. Hace años... Muchos años... Antes de que el hombre de la Tierra llegara por primera vez a la Luna.

—¿Qué? —la pregunta de Checow hizo agrandar los ojos a la muchacha.

—De eso hace más de un siglo —adujo Lanel.

—Para vosotros un siglo son cien años. Cien años fraccionados en lo que llamáis días y noches. En mi planeta esto no se mide así. Vosotros conocéis únicamente las formas de vida de la Tierra. Hacéis descubrimientos que consideráis sensacionales y que para otros mundos no son más que formas anticuadas. Ese «cerebro» o computadora mismo... Es un gran adelanto para vosotros, pero muy atrasado para nosotros. En fin... Espero que podáis verlo.

—¡Un momento! ¿Pretendes que vayamos a tu planeta?

—Os gustará. Y podréis prescindir de las máscaras de oxígeno. Respiraréis de forma distinta... Os conseguiré uno de nuestros aparatos extra-trifos.

—¿Extra qué? —inquirió Marga.

—Trifo es el nombre de nuestro habitáculo.

—Trifo... No consta en ninguna parte, a menos que... —empezó Lanel.

—No. No soy un trífido, o lo que se ha dado en la Tierra a llamar trífido. El planeta se llama así...

—Pero vivir tanto tiempo... —murmuró ella.

—No es tiempo para nosotros.

—¿No existe la muerte en vuestro planeta? —de nuevo preguntó ella mientras Lanel pensativo parecía atar cabos.

—Sí existe, cuando muere la última célula. En la vida de la Tierra es distinto; un órgano vital muerto es suficiente para que la persona perezca. En nosotros no es así. Son las células el motor de nuestra existencia. Un cerebro, o lo que vosotros llamáis cerebros, puede reemplazarse, y la fuerza motriz o corazón también, sin ningún riesgo. No hay nada que no se reproduzca.

—¿Por qué querías que desconectara la nave? —preguntó Lanel con una sospecha.

—Por lo que estás pensando.

—¿Lees también los pensamientos?

—Si pongo atención, sí. Es un sentido que en la Tierra no se ha ejercitado en serio. Siempre ha sido cosa de bromas, fantasía de escritores con inventiva o negocio de bribones.

—Entonces necesitas alimentarte con la electricidad. ¿Llevas alguna batería en el cuerpo?

—No. Sólo unos tirantes portátiles para los vuelos extra-trifo. Vosotros necesitáis vuestro oxígeno... Yo no hubiera podido mantenerme vivo sin repostar energías que me faltan fuera de mi ambiente. Calculé mal el tiempo y tuve que improvisar la energía que me faltaba con los conductores eléctricos. Ya lo estudié plenamente antes de iniciar el vuelo. Por eso... os metí en el hibernador. Es decir, ésa fue otra razón. Sabía que el tiempo que necesitaba para la operación era leve y no quería morir sin volver a Trifo. Pero tampoco era en mí solamente en quien pensaba. Yo había cambiado la ruta para llegar antes a mi planeta... Si sucumbía en el último momento, no hubieseis sabido qué hacer cuando la nave entre en la zona de atracción de Trifo. Por lo demás no había peligro, mis congéneres son bastante hospitalarios.

—Claro —comprendió Lanel—. Por eso sabías que yo haría el vuelo...

—Y no te mentí cuando dije que te prefería a ninguno. Es más, si hubiese existido algún impedimento, yo mismo hubiera procurado que te admitieran.

—¿Por qué yo?

—Te lo dije. Tienes el genio vivo, pero vales. Además, quería demostrarte de un modo u otro que yo de verdad no soy responsable de la muerte de tus camaradas... Lo intenté todo.

—¿Y cómo demonios fuiste a parar a la Tierra?

—Uno de nuestros viajes rutinarios.

—¿A la velocidad de la luz del Sol? —arguyó Marga.

El sonrió.

—Más o menos.

—¿Tan aprisa?

—Más o menos.

—¿Y qué fue de tu bólido?

—Un fallo.

—Creí que no los teníais.

—Pues sí. Pero la culpa fue mía. Me gusta hacer experimentos. Calculé mal y... ¡Adiós!

—¿Qué pasó?

—Se desintegró al tocar al suelo.

—¿No te vio nadie?

—¡Ya lo creo! En los periódicos surgieron afirmaciones de docenas de personas que aseguraron haber visto un objeto extraño. ¡Y no mentían! Pero nadie les creyó.

—¿Y tú...?

—Primero pensé que sería una buena experiencia mezclarme entre vosotros. Ya os conocíamos. Vuestra forma de vestir y vuestras costumbres... a distancia. Sí. Entonces me hizo gracia. Pero pasó el tiempo y no veía la forma de poder regresar. Cada uno añora lo suyo —sonrió y tras una pausa prosiguió—: Deseaba con todas mis fuerzas que pronto llegara vuestro gran descubrimiento. Una nave capaz de surcar los espacios infinitos. Y apareció un extraño artefacto que sólo podía dar vueltas sobre la tierra. Luego todo fue de prisa, pero de nuevo llegó la barrera de lo desconocido. Tras los primeros pasos agigantados volvió otra vez la calma. Es lo que ocurre; al principio se avanza, luego parece haberse llegado al límite...

Tras otra pausa siguió:

—Luego vino vuestra tercera guerra. No fue mundial, pero a punto estuvisteis de mandar al planeta al infierno. ¡Cuántas regiones enteras quedaron borradas! Luego la lentitud de la postguerra... Tengo muchas cosas que recordar.

—Comprendo que cuando dijiste que no eras de los nuestros, no te creyeran.

—Me querían encerrar por loco. Hasta me hicieron fotografías.

—¿No podías demostrar tus conocimientos?

—Ya lo hice. Allá abajo lo llamabais «transmisión de pensamiento». Actué en un teatro, era para lo único que creían que servía.

—¿Y en un laboratorio?

—Desconocía vuestros métodos de trabajo. Tuve que estudiar vuestros libros, aprender a la perfección vuestro lenguaje... Conseguí entrar después de esa tercera guerra.

—Recuerdo que papá a veces decía que habías resuelto problemas

difíciles... Lo achacaba a causas extrañas.

—Sí. Le ayudaba en lo que podía, pero los medios vuestros son muy limitados.

—Entonces ese «cerebro»... —empezó Lanel.

—Sí. Más o menos yo guié la forma de realizarlo, pero el mérito es de ellos.

—Pero la fórmula...

—Esto no importa, Lanel. Necesitaba regresar... Pronto llegaremos. Mirad ese rayo. Es una reflexión del Sol. No la necesitamos, pero los técnicos estudian sus posibilidades. Podríamos destruirlo.

—¿Qué? ¿Destruir el Sol? —inquirió Marga.

A Lanel no parecía extrañarle ya nada.

—Sí. Dominamos el espacio. Todo el espacio. —¿Y hacéis la guerra a alguien? —de nuevo la pregunta surgió de Marga.

—¡Oh, no! No es necesario. En Trifo todo está previsto. No es posible la guerra. Si alguien amenazara la integridad de nuestro planeta se autodestruiría a sí mismo. Es un complicado sistema. No importa ahora.

La pantalla del «cerebro» que detectaba la proximidad de cuerpos con sistemas propios de gravedad indicó algo.

—Toma los mandos, Lanel. Veamos qué sensación experimentas —dijo Checowa—. Vamos a entrar en la zona de influencia de Trifo.

—¿Tomarán datos en la Tierra? —preguntó Marga.

—Pues, sí. Y espero que les sean muy útiles. De aquí pueden aprender mucho de lo que les falta. Casi todo.

—¿Y no les importará a los tuyos? —preguntó Lanel esta vez.

—¿Por qué? No lo pasé mal del todo en vuestro planeta. Es una forma de devolverles su hospitalidad de ciento y pico de años. Luego podréis continuar la ruta, pero creo que ya no será realmente necesario. De cualquier modo, podréis comunicaros con la base.

—¿Tenéis medios?

—Sí, los tenemos.

—¿Por qué no habéis comunicado antes?

—Porque cuando captan la onda no piensan que puede tratarse de emisora lejana. Luego los sistemas son distintos. El código, las palabras. ¿Cómo entendernos?

—¿Cómo lo hiciste tú?

—¿En la Tierra? ¡Oh! Yo puedo comprender los pensamientos, sea cual fuere la forma de hablar, pero antes no podía pronunciar una sola palabra en ninguno de los idiomas de vuestro planeta. Ahora ya será distinto. Ya veréis.

—Tendrás que pedir permiso a tus superiores.

—En Trifo no hay que pedir permiso. En realidad no hay superiores. Cada cual sabe lo qué debe hacer. Lo que no está bien no

lo hacemos.

—Pero tú eras piloto...

—Pertenezco a vuelos regulares. Todo el mundo puede hacerlo. A mí me interesa la historia de los otros habitáculos, estudiarla de cerca, por eso viajaba con frecuencia.

—¿No hay pilotos profesionales? —terció Marga, a la que también dominaba el afán de saber pormenores de la vida de Trifo.

—Hay la llamada escuadra de alerta. En realidad es una vieja guardia anticuada que se mantiene casi por rutina. Una de las pocas rutinas de Trifo. Hay unos jefes que programan las actividades. Son programadores rutinarios también. Vosotros mismos podréis verlo. ¡Vamos, Lanel, ha llegado el momento! Ahora tú conducirás la nave —y Checow desconectó el «cerebro».

CAPITULO XV

Lanel tripulaba con maestría la nave, que había entrado ya en la zona de influencia de Trifo.

Allá abajo, el planeta, diminuto, parecía aproximarse.

A distancia sólo podía verse una mancha oscura, clareada con extraños reflejos.

—Es nuestro sistema de iluminación. Se utiliza algo así como... digamos la energía del láser. En realidad son masas gaseosas vagabundas, como las que hace millones y millones de años giraban alrededor del Sol, Hasta que se convirtieron en planetas. Esas masas contienen energía. O mejor, se pueden convertir en energía igual que la materia terrestre.

Cecow conectó el «cerebro» y las pantallas comenzaron a aproximar la imagen del nuevo y desconocido planeta.

—¿No será esto lo que los científicos han dado en llamar el planeta transplutoniano?

—Exacto...

—¡ Pero no ha podido ser visto!

—Esa misma capa de gases lo impide. Es... ¿Cómo diría yo? Un ejemplo; imagínate un pueblo situado al fondo de un valle, queda oculto por todas partes por las montañas... Esas capas son como montañas invisibles y Trifo se halla en un hipotético recodo.

—Pero gira alrededor del Sol.

—Sí. Pero es completamente independiente de su sistema. Lo verás tú mismo cuando hayas llegado.

Marga miraba la pantalla. Un objetivo amplificador permitía ver lo que parecía una especie de plaza situada al fondo de un cráter granítico. En medio se movían unas figuras.

A medida que el vehículo espacial se aproximaba, ella pudo fijarse mejor en aquellos seres.

—¡Son robots! —exclamó al ver la estructura metálica de aquellas criaturas artificiales.

—No —corrigió Cecow—. Son seres como yo... Han pasado la primera época...

Y aclaró seguidamente:

—La falta de células motiva la transformación. —¿Utilizan órganos metálicos? —preguntó Lanel, vuelto ligeramente hacia la pantalla.

—Pues si queréis llamarlos así, sí. Este material para lo externo tiene mayores ventajas.

—Pero la cabeza... —empezó ella.

—Sí, claro. Hay que reemplazarlo todo.

—Entonces... significa que están en la última fase de. su vida — insistió Marga.

—No. Existen otras dos fases más. —¿Y hay hombres y mujeres? —preguntó finalmente ella.

La respuesta de Checow fue terminante y su rostro volvió a tomar aquella expresión grave, y tinte sombrío.

—No. Aquí la familia no existe. No existe —repitió.

Había muchas preguntas para hacer, pero la nave estaba sobrevolando prácticamente el planeta.

—Ahora déjame a mí. Iremos a mi antigua base... Ya me he acostumbrado a utilizar vuestro lenguaje.

Lanel observó los extraños edificios, en verdad, prácticamente inexistentes... El fondo liso de los continuos cráteres estaba perforado. Algunos seres, metálicos unos y en forma humanoide —como Checow — los otros, entraban y salían por aquellos agujeros practicados en la roca de apariencia granítica.

La superficie vista ya a corta altura semejaba la Luna, a excepción del colon La tonalidad era azulada brillante.

—¿No hay vegetación? —murmuró Lanel.

—No la necesitamos para nuestra forma de vida.

—¿De qué os alimentáis?

—Nuestros cuerpos no necesitan lo mismo que los vuestros. Aspiramos la materia gaseosa del planeta. Es nuestro oxígeno. No temáis respirarlo. Podréis vivir. Lo que será necesario es que utilizéis los cascos especiales. Por la temperatura. Nuestro cuerpo no percibe los cambios, pero el vuestro sí. Imaginad unos cien grados centígrados bajo cero.

Lanel lanzó un silbido.

La nave se posó en el suelo sobre la explanada de un cráter.

—Iré por los cascos. No salgáis aún —dijo Checow.

—¿No sirven las escafandras?

—No lo sé... Mejor nuestros cascos. Los trajes climatizados os aislarán. Puedes utilizar cualquiera de los míos, Marga. Yo no lo necesito. ¡Ah! Cuando se traen extranjeros hay que dar parte. Es una mera rutina. Bueno, en realidad es la primera vez. Lo consignaré al programador. Es un momento. Volveré en seguida.

Y Checow accionó la palanca para abrir la puerta de la nave, cuyos peldaños ocultos aparecieron para permitir que el hombre de Trifo descendiera. Agitó la mano y murmuró: —Cierra.

Lanel lanzó un silbido.

—En un momento se ha helado —dijo cerrando la puerta, mientras ella miraba a través del visor viendo a Checow alejarse por el centro del gran cráter.

—Y él como si nada... Se aclimata a todos los ambientes... ¿Qué clase de vida debe de haber aquí?

—No lo sé, Marga, pero poco a poco lo iremos descubriendo todo. Nunca pensé que pudiera llegar a ver algo semejante. ¡Seres vivos en otro mundo! ¡Cuánto pagarían muchos por estar aquí!

—¡Mira! —indicó ella al ver aproximarse a dos hombres mecánicos, en compañía de otro, que más o menos por su estatura, robustez y presencia física, se asemejaba a Checow—, Se dirigen hacia aquí.

—Deben ser curiosos. Aunque para ellos vivamos en un mundo atrasado, no dejamos de ser una atracción.

Los tres hombres metálicos se quedaron detenidos frente a la puerta de la nave. El otro avanzó más hacia la puerta.

—Parece que quiere entrar. Deberías abrir la puerta —dijo Marga.

Cuando Lanel iba a accionar la palanca para franquear la entrada del que parecía ser un emisario, la puerta se abrió sola.

—¡Vaya! Parece que aquí no tienen problemas... Y juraría que ni siquiera lleva un control remoto —dijo Lanel.

El hombre entró y tras él se cerró la puerta.

El recién llegado habló rápido y conciso, yendo directamente al asunto que le había llevado hasta allí. Su lenguaje era el internacional que se usaba en la base de la Sociedad de Naciones.

—Primero —dijo—: No esperen a Checow. No volverá. Segundo: váyanse rápidamente de aquí. Sigán su vuelo. Tercero: no intenten volver.

Dicho esto el hombre dio la vuelta y la puerta volvió a abrirse.

—¡Un momento! —exclamó Lanel.

El hombre se volvió.

—Primero: No esperen a Checow... —iba a repetir, pero Lanel le atajó.

—No es necesario que lo repita. Ya le he entendido... Sólo quiero saber si a Checow le ha ocurrido algo... A qué viene todo esto. El nos dijo...

—Checow no ha cumplido como ciudadano. Ha incurrido en falta grave. Será destruido.

—¿Qué? —los ojos de Lanel se agrandaron como naranjas.

—Destruído. La masa se destruye, se volatiliza...

—Pero... ¿Por qué? ¿Cuál ha sido la falta de Checow?

—No debió traerles. Sabe que está prohibido. Aquí todos saben lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer. Será destruido.

—Oiga...

—Váyanse. No les haremos ningún daño, pero váyanse. Esto es lo que deben hacer.

Y el hombre ya no admitió más preguntas. Salió y tras él se cerró

la puerta.

Los tres seres metálicos siguieron delante de la nave, como si montaran guardia.

—¡Van a destruirle! ¡A matarle! —exclamó ella—. No es justo... No es justo.

—Hace unos años no me hubiese importado, pero ahora... ¡Cielos! Deben comprender que no venimos en son de guerra... Nada podríamos hacer, y después... ¿Porqué llevar forasteros es una falta tan grave?

—¿Crees que podemos hacer algo? —musitó ella, e indicando a los tres seres metálicos añadió—: Esos siguen ahí, seguramente nos vigilan.

—Y deben tener medios para destruirnos... ¡Pero no abandonaré a Checowa! ¡Ahora no! —dijo resuelto Lanel.

CAPITULO XVI

Lanel sabía que pretender luchar con aquellos seres que a sí mismos se llamaban todopoderosos era prácticamente suicida, pero el piloto era terco, con el genio vivo e ideas propias como le había descrito Checow.

Llevaba el traje espacial puesto, la escafandra y el oxígeno por si acaso.

—No te muevas de aquí. Transmite a la Tierra. Seguramente captarán el mensaje. Puede que éste sea el fin, sabíamos que tenía que llegar, pero entretanto que anoten todos los datos que puedan.

—Cuídate, Lanel. Cuídate...

—Escucha.. Si no regreso dentro de... diez minutos, huye. Tú conoces el funcionamiento. Luego pon el «cerebro» en marcha. El hará el resto. Hay armas, pulsa los mandos de ataque en caso necesario. Disparan láser.

Se abrazó a la muchacha en un mudo adiós, definitivo tal vez.

Bajó a la tercera planta. Y ella comprendió que iba a utilizar la salida de emergencia para no ser visto por los tres guardianes que se hallaban frente a la puerta principal.

Pulsó la palanca y saltó fuera desde la base de la sección. Percibió el duro contacto con la lisa superficie, y agazapado, desde el suelo, podía observar a los tres hombres inmóviles.

No había nadie más. Ningún otro ser parecía interesado en ver la nave. Hasta le pareció extraño que absolutamente nadie sintiera curiosidad. Se alegró. Aquello le facilitaría quizá la marcha por aquel terreno desconocido.

Rodeó la nave. Recordaba la puerta tras la cual había desaparecido Checow y corrió como un soldado en campo enemigo.

Los tres guardianes parecían no haberse dado cuenta porque continuaban inmóviles.

De pronto Lanel vio bruscamente frenada su carrera. Algo invisible le había paralizado. Sintió como si cada uno de sus miembros se agarrotara. No podía mover una sola articulación. Quedó rígido. Completamente rígido.

De la cercana puerta apareció el hombre que había lanzado su advertencia.

—Ha hecho mal en no obedecer. No trate de liberar a Checow. Todavía está a tiempo.

Tras unos segundos de rigidez, instantáneamente volvió a recobrarse.

El hombre seguía allí, pero tras él apareció Checow.

—Lanel, debes obedecer, amigo. No intentes luchar. No existen armas eficaces contra nosotros.

—¡El láser!

Se volvió y con el revólver que llevaba en la mano disparó contra los tres seres metálicos.

Los poderosos rayos del arma no hicieron mella alguna en las extrañas criaturas.

—Podría paralizarle, pero de este modo ha comprendido la ineficacia de sus armas —dijo el otro.

—Vuelve a la nave. No te ocupes de mí. Yo estoy entre los míos —murmuró Checow.

—No pueden destruirte. Diles que no somos enemigos... Explícales nuestro atraso. Es justo que queramos aprender —protestó Lanel.

—No tengo que decirles nada. Ellos lo saben. Lo saben todo.

Lanel retrocedió. Estaba rumiando el modo, el sistema de liberar a Checow. No quería darse por vencido... No le importaba que ellos pudieran paralizarle tal vez con sólo desearlo. Tenía que hacer algo...

De pronto su rapidez de reflejos le indicó cómo hacerlo.

Recordó que los trífidos en los viajes espaciales tenían que utilizar aquel aparato pegado a su piel. Ellos asimilaban el oxígeno terrestre, pero les era necesario el aparato, los tirantes...

Lanel llevaba a su espalda la mochila de oxígeno. ¿Por qué no intentar...?

Mentalmente calculó sus gestos, uno por uno.

Cuando estuvo junto a los tres hombres metálicos dio la vuelta y se plantó ante ellos.

Su mano derecha conectó rápidamente «la tobera dirigiéndola hacia los tres individuos. Soltó el oxígeno.

La potente carga fue directamente al rostro metalizado de cada uno de ellos.

La reacción fue fulminante. Se tambalearon.

¡Había encontrado el arma! ¡El oxígeno del planeta Tierra!

La tobera fue dirigida contra el hombre que estaba junto a Checow.

—¡Corre! —gritó—. Sube a la nave.

El chorro salió en dirección al otro, que desapareció hacia el interior del cráter.

Checow seguía inmóvil.

—¡Corre! ¡No seas estúpido!

—¡Oh, basta, basta, amigo! —exclamó el otro.

De las puertas que se abrían en el cráter aparecieron más seres metálicos que avanzaban lentos hacia Lanel.

El piloto no se amilanó. Utilizaba el oxígeno en todas direcciones, y el chorro producía siempre los mismos efectos. Los «metálicos» se

tambaleaban, perdían su estabilidad y caían lentamente sin producir el menor ruido, pero seguían apareciendo otros.

—¡Vamos, Checow! ¡Estoy intentando salvarte!

El número de hombres metálicos, pese las bajas, se había duplicado y hasta triplicado.

El chorro de la mochila de Lanel iba soltando la única arma eficaz contra los seres invencibles, el arma más elemental.

De pronto una luz radiante iluminó todo el cráter, procedía de lo alto, pero no era posible ver el objeto que la producía. Sonaron unas extrañas voces y los hombres metálicos dejaron de avanzar.

Luego la misma voz habló en el idioma que Lanel podía entender.

—Un extranjero que arriesga su vida para salvar a uno de los nuestros es digno de la consideración de nuestra sociedad. Tu gesto, Lanel, ha salvado a Checow. Si uno de los nuestros se ha hecho acreedor de la amistad de un extranjero, no tiene porque ser destruido. Es digno de la vida en nuestra sociedad. La prueba ha terminado.

—¿Qué? ¿Una prueba? —inquirió Lanel. La voz replicó:

—Una prueba necesaria. En Trifo no confiamos en la Tierra. No confiamos en los que se autodestruyen, pero tú has demostrado que hay excepciones, Lanel. Por esto Checow vivirá... Pero vosotros debéis seguir vuestro viaje.

—¿Y cómo sé que Checow vivirá? —preguntó Lanel.

—Nosotros no mentimos, Lanel. Vivirá. Te trajo aquí estando prohibido, pero él quería hacer algo por la Tierra y lo creyó justo. El castigo es la destrucción, pero en su caso comprendemos que obró bien —e insistió—. Y tu gesto de querer salvarle demuestra que es digno. Puedes hablar con él para despedirte.

La luz desapareció. Hombres metálicos junto con otros de apariencia normal salieron provistos de aparatos para atender a los que habían recibido los efectos del oxígeno.

Cecow se aproximó.

—Muy ingenioso... Es la única arma eficaz. No morirán, no te preocupes. Los reactores les sanarán en seguida. Fíjate —Lanel vio cómo algunos ya se incorporaban y caminaban por su propio pie.

Luego Checow añadió:

—Gracias por tu gesto, amigo... Y lamento que no os podáis quedar.

—Mi gesto no tiene importancia. Creo que tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—Tú arriesgaste más. Ellos hubieron podido paralizarte.

—¿Cómo?

—El programador.

—¿El que ha hablado?

—Sí. Puede paralizar a todo un ejército, a todos los hombres de vuestro planeta, por eso te dije que no es posible ninguna guerra.

—¿Por qué nos trajiste? Sabías que estaba prohibido.

—Ya lo has oído. No he quebrantado ninguna orden. Yo creía que era justo... Y el programador lo ha comprendido así. No pasará nada. O acaso si... —sacó su diminuto artilugio y lo entregó a Lanel. Y seguidamente añadió—: Si estás en un apuro, utiliza esto y llámame. Mi señal es Omega-Ro-Tau. Aquí mismo verás la longitud de onda. Es muy fácil de manejar.

Lanel recogió el aparatito en una mano mientras tendía la derecha hacia Checow.

Ambos permanecieron asidos varios segundos. Era un mudo adiós.

*

La nave seguía de nuevo su rumbo de aquel último viaje.

Perdida de nuevo en el espacio, seguía la trayectoria "fijada en las coordenadas.

—Le comprendí demasiado tarde —murmuró Lanel—. Y él tenía toda la razón en no decir la verdad. ¿Quién le hubiera creído? Necesitan tinta invisible. Yo mismo al principio dudaba...

—Lanel... Creo que en nuestro planeta jamás habrían obtenido esos datos de no ser por él. Lo he transmitido todo.

—Sí, Marga... Para él nosotros éramos los elegidos. Nada hicieron por él en la Tierra y, sin embargo, dijo que guardaba buenos recuerdos. Su agradecimiento es superior al nuestro... Nos permitió ver su mundo. Le hubiera bastado con dejarnos hibernar y luego una vez él en Trifo poner en marcha la nave por cualquier procedimiento. Seguro que desde aquí podían hacerlo... O acaso dejarnos morir... Sí. Le había juzgado mal.

—Ahora le has salvado, Lanel.

Tras un silencio, Lanel murmuró:

—Bueno. Sigamos nuestro viaje.

—Después de esto... ¿Crees que más allá de Plutón habrá algo interesante?

—Es nuestra misión, Marga, pero nos queda una esperanza —y sacó el diminuto aparato que le diera Checow.

Sí. Tal vez cuando la nave hubiera gastado el último átomo de combustible, Checow podría echarles una mano.

Era una esperanza.

La nave continuó su vuelo hasta más allá de Plutón.

Y en aquel paréntesis metalizado, perdido en el espacio infinito, dos seres —un hombre y una mujer tenían su mundo, su propio mundo.

Y en el ya lejano Trifo, Checow sonreía.

Pensando como un terrícola murmuró:

—Sí. Volveremos a vernos... alguna vez. Conseguiré que les den cobijo...

Y mentalmente les deseó un feliz vuelo.

FIN